GALERÍA DRAMATICA

DE

MANUEL P. DELGADO

GUZMAN EL BUENO



OFICINAS
COLUMELA, 15, 1.°
MADRID

GUZMAN EL BUENO

GUZMAN EL BUENO

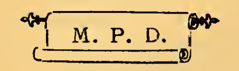
DRAMA EN CUATRO ACTOS

POR

D. ANTONIO GIL DE ZÁRATE

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 30 de Junio de 1849

TERCERA EDICION



PRECIO: DOS PESETAS

MADRID
ESTAB. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ
Calle de la Cava-alta, 5
1888

PERSONAJES	ACTORES
Don Alonso Perez de Guzman..	DON JULIAN ROMEA.
Don Pedro, *su hijo*	DON FLORENCIO ROMEA.
Nuño...............	DON PEDRO SOBRADO.
Don Juan, *infante de Castilla*	DON JOSÉ PLÓ
Aben-Comat......................	DON LÁZARO PEREZ
Aben-Said	DON JOSÉ CASTAÑON.
Doña Maria, *esposa de Guzman*.....	DOÑA MATILDE DÍEZ.
Doña Sol, *hija de don Juan*	DOÑA CARMEN CORCUERA.

Caballeros, damas, soldados, escuderos, pajes, hombres y mujeres del pueblo.

La escena es en Tarifa, año de 1294.

ACTO PRIMERO

El teatro representa un salon de arquitectura árabe. En el fondo una capilla.

ESCENA PRIMERA

GUZMAN, DON PEDRO, DOÑA MARÍA, DON JUAN, DOÑA SOL, NUÑO
CABALLEROS, DAMAS, SOLDADOS, ESCUDEROS, PAJES, PUEBLO

Al correrse el telon se está en el acto de armar caballero á don Pedro. La capilla del fondo está abierta.

GUZMAN. Pues ya el sacerdote las armas bendijo,
doblad la rodilla, don Pedro, ante mí,
que en nombre del cielo mi voz os dirijo;
mi voz, que proclama sus glorias aquí.
La frente inclinando, con golpe ligero
os hiera esta espada del moro terror;
el sello os imprima de fiel caballero,
y á par os infunda constancia y valor.

(Le da el espaldarazo; don Pedro se alza, y doña Sol se acerca á él para ceñirle la espada.)

SOL. Mi mano, aunque débil, os ciñe la espada
que armar debe un día la vuestra en la lid;
en sangre de infieles traedla manchada,
con ella emulando las glorias del Cid.
Guzman, vuestro padre, de honor y victoria
la senda os trazara; marchad en pos de él,
y unidos al templo subid de la gloria,
al vuestro enlazando su eterno laurel.

PEDRO. ¡Ah! Ya en sacro fuego mi pecho inflamado,

las lides aguarda con noble ansiedad;
¡qué gloria me espera, pues hoy me han armado
tan fuerte guerrero, tan rara beldad!
Que venga el Alarbe, que venga, y en breve,
mi esfuerzo invencible probar yo le haré;
asedie á Tarifa, si á tanto se atreve,
que en lagos de sangre su furia ahogaré.

GUZMAN. Bien, hijo; me agrada tan noble ardimiento,
que es ya de victoria presagio feliz;
en tí se renueven mi sangre, mi aliento;
por tí rinda el moro la altiva cerviz;
y allá de Granada las fuertes murallas
cediendo á tu esfuerzo, se humillen tambien,
y en ellas de Cristo, tras tantas batallas,
la enseña tus manos al viento le den.
(A doña María.)
Y vos, noble madre, ¿por qué, retirada,
al hijo valiente feliz no abrazais?
¿Por qué estar debiendo de gozo inundada,
hoy mustia, abatida, la frente mostrais?
En fuertes matronas ser suele tal dia
de dicha inefable, de inmenso placer;
¿perder hora acaso vuestra alma podria
la audacia que siempre me alienta á vencer?

MARÍA. Esta alma no tiembla de Marte al estruendo,
ni menos conoce flaqueza ó pavor;
bien sé que á las lides el hombre naciendo,
sus timbres infama si esquiva su horror.
Valiente el esposo yo quise que fuera;
no es menos heróico mi amor maternal;
mas ¡ay! mal mi grado, con vana quimera,
el pecho me aterra presagio fatal.

GUZMAN. ¡Qué indignos temores! Dejad...

MARÍA. ¡Hijo mio!

PEDRO. ¡Oh madre!

MARÍA. En mis brazos refúgiate, ven.

PEDRO. ¿A qué tal flaqueza? Vencer yo confío,

GUZMAN. ¿Quién esos recelos te inspira, dí, quién?

MARÍA. Un hombre... Miradle.

GUZMAN. ¡María... el Infante!
¿Te atreves?...
MARÍA Me aterran sus ojos, su faz,
El crimen retrata su torvo semblante;
Su pérfido pecho de todo es capaz.
GUZMAN. Le injuriais. Es cierto; con torpes pasiones
don Juan infamara su edad juvenil,
mas ya desengaños y crudas lecciones
de honor le trajeron al recto carril.
Por Dios... apartaos... que atento nos mira.
JUAN. (Aparte.) ¿Por qué en mí sus ojos clavados están?
Envidia y rencores mi pecho respira;
mas hoy disimula tus odios, don Juan.
GUZMAN. Amigos, que sea Tarifa la fuerte
hoy júbilo toda, placeres sin fin;
en justas y cañas probad vuestra suerte,
y dulces licores nos brinde el festin.
Mañana, sonora la trompa guerrera
al campo nos llame tal vez del honor;
gozad de este dia, que ya nos espera
la lid afanosa con muertes y horror.
Jacob ambicioso, legiones de infieles
sobre estas orillas se apresta á lanzar,
é intenta de Muza los negros laureles,
á España fatales, audaz renovar.
Mas no como entonces, Tarifa en sus muros
cobardes abriga ni infame traicion;
encierra soldados leales y duros
que al moro preparan acerba leccion.
Don Juan, vuestro brazo nos mandan los cielos;
el brazo que teme la pérfida grey,
y ya no me inspira la lucha recelos,
pues cerca el hermano nos mira del rey.
Diréisle, si el cielo la palma nos diere,
cómo estos le saben servir;
si acaso el destino contrario nos fuere,
diréisle que al menos supimos morir.
JUAN. Contad, don Alonso, contad con mi espada,
que á viles contrarios jamás perdonó;

vereis muy en breve, con prueba sobrada,
que en vano á Tarifa don Juan no llegó.
Ven, hija, conmigo. (Váse con doña Sol.)

MARÍA. (A Guzman.) ¿Notais en su acento
la amarga ironía?

GUZMAN. ¡Qué injusta aprension!
Marchad; y entregaos al dulce contento. (A todos.)

MARÍA. ¡Ah! Tú no me engañas, leal corazon.
(Vánse todos.)

ESCENA II

GUZMAN, DON PEDRO y NUÑO

NUÑO. Por fin, don Pedro, teneis
á vuestro lado una espada
no, no estará mal templada,
buen batallador sereis.
De valiente teneis traza,
mas decirlo es por demás,
no han existido jamás
cobardes en vuestra raza.
Dadme la mano... apretad.
¡Ah! ¡Buen rapaz, teneis puño!
Blandireis, como soy Nuño,
vuestra lanza sin piedad.
¿Quereis que portentos obre?
A mí arrimaos, que á fé
de seguro os llevaré
do se bate bien el cobre.

GUZMAN. Mirad que es aun muy niño
para exponerle...

NUÑO. ¡Aprension!
Entre hombres de corazon
así se muestra el cariño.
Y, en verdad, no érais muy viejo
en vuestra primer batalla
y dísteis de la canalla
buena cuenta.—En este espejo,

don Pedro os debeis mirar.
¡Qué hazañas! Dígalo Fez;
con endriagos hubo vez
que le vimos pelear.
¡Qué lástima de proezas
de los moros en favor!
¿No se emplearan mejor
en abatir sus cabezas?
Yo mil veces renegué;
por fin volvimos á España,
y ya con más de una hazaña
el mal humor aplaqué.
Sólo el haberle esta plaza
al perro moro quitado,
el corazon me ha ensanchado,
que no cabe en la coraza.
El hace muy grande apresto
por recobrarla, mas yerra;
la presa que el leon aferra
no se le arranca tan presto.

GUZMAN. No será mientras yo viva,
que en sus muros moriré,
ó más bien abatiré
del moro la furia altiva.
Sí, don Pedro; la ocasion
en breve tendreis aquí
de que pruebas den de sí
la mano y el corazon.
Los deberes recordad
que os impone en este dia
la ley de caballería:
valor, honor y lealtad.
Sed en la lid atrevido;
mas prudente, fiel al rey;
de Dios defended la ley,
y amparad al desvalido.
No dejeis por interés
de ser en todo cabal,
con los hombres liberal

y con las damas cortés.
En fin, temed de faltar
á la palabra empeñada;
que aunque fuere á un moro dada,
la es fuerza siempre guardar.

NUÑO. El hará lo que conviene,
que es de vos digno heredero,
y será buen caballero
porque en la sangre lo tiene.
Venga el moro, voto á tal,
que él y todos ya sabemos
lo que hacer aquí debemos.
¿Todos he dicho? Hice mal.
Hay uno... ¡Qué buena pieza!
Maldito si de él me fío;
tiene cara de judío.
Os lo digo con franqueza,
señor, si fuera que vos,
hoy mismo, sin más tardar,
de aquí le hiciera saltar.

GUZMAN. ¿Quién es?

NUÑO. Don Juan.

GUZMAN. ¡Vive Dios!
Cosas teneis... ¿Al Infante?

NUÑO. Al Infante; de ese os hablo.

GUZMAN. Al hermano de...

NUÑO. Del diablo.
¿A qué vino ese bergante?
A vendernos. Id con tiento;
turbulento y sin valor,
fué ya mil veces traidor;
quien hizo un cesto hará ciento.
Siempre pérfido y villano,
no hay maldad que no le cuadre·
primero vendió á su padre,
y vendió luego al hermano.
Contra el señor de Vizcaya
hierro asesino asestó,
y en un fuerte le encerró

el rey, por tenerle á raya.
Dejárele allí que pene,
mas le ha soltado; mal hecho;
jamás andará derecho
quien tan malas mañas tiene.

GUZMAN. Palabra ha dado don Juan
de ser ya súbdito fiel.

NUÑO. Ni aun así me fío de él;
en fin, allá lo verán.
Por mi parte os aseguro
no le perderé de vista;
yo le seguiré la pista,
y si hace alguna, le juro...

GUZMAN. Basta, Nuño; respetad
al príncipe.

NUÑO. Callo, pues.

GUZMAN. Iremos luego los tres
á la justa. Preparad
vuestras armas, hijo mío;
en este ensayo primero,
que á todos mostreis espero
á do alcanza vuestro brío.

PEDRO. Si el cielo me da favor,
satisfecho os dejaré.

NUÑO. No le han de ganar á fé
ni en destreza ni en valor. (Vánse Guzman y Nuño.)

ESCENA III

DON PEDRO

PEDRO. Apenas siente ya robusta el ala
el águila caudal, sus padres deja,
y hasta el trono del sol rauda se aleja,
ó en atrevida lid su ardor señala.
Del no probado esfuerzo haciendo gala,
así el valor paterno en mí refleja,
y mi brazo al combate se apareja,
y la audacia del Cid mi arrojo iguala.

Aguila soy que al sol subir pretende,
que altiva desafía al buitre insano;
pero vana quimera el alma emprende.
De la gloria sin fruto en pos me afano;
hoy que en mi pecho amor su llama enciende,
todo, si él no me ayuda, será en vano.

ESCENA IV

DON PEDRO y DOÑA SOL. Sale doña Sol pensativa, sin reparar en don Pedro.

SOL. ¿Qué es esto, corazon mio?
¿Por qué suspiras así?
¿Qué es lo que pasa por tí?
¿Qué dolor es este impío
que yo jamás conocí?
¿Por qué cuando pienso en él
estremecida me siento,
y este tenaz pensamiento
vuelve más fijo y cruel
cuanto más lanzarlo intento?
¿Pero qué miro?... ¡Él es... ah! (**Reparando en don Pedro.**)
Huyamos pronto.
PEDRO. ¿Qué veo?
¡Doña Sol!
SOL. Me ha visto ya...
Luchando mi pecho está
entre el temor y el deseo.
PEDRO. ¿Huís de mí, Sol hermosa?
SOL. ¿Yo?... Don Pedro... os engañais.
Mas, ¿cómo aquí solo estais?
¿Acaso á la palma honrosa
de la justa no aspirais?
PEDRO. Aunque aspire á tanto honor,
lucharé sin esperanza.
SOL. ¿Pensais que tan poco alcanza
don Pedro, vuestro valor?

PEDRO. ¡Ah! Mi justa desconfianza...
SOL. Es indigna de un Guzman.
Mucho del novel guerrero
todos esperando están,
y ya la victoria dan
al que yo armé caballero.
PEDRO. Sólo esa dicha, señora,
hoy puede alentarme ufano,
pues la espada cortadora
que ciñera vuestra mano
debe ser la vencedora.
Mas perdonad si, ofendiendo
á quien tanta gloria ofrece,
mi espíritu desfallece,
para alcanzarla sintiendo
que de otro impulso carece.
SOL. ¿Cuál es?
PEDRO. No me atrevo...
SOL. Hablad;
y si á mi poder no excede...
PEDRO. ¿Qué ardor, qué virtud no puede
inspirar esa beldad?
SOL. Aun no os comprendo... explicad...
PEDRO. ¿Qué le importa al justador
la noble liza hollar fiero?
¿Qué le importa su valor,
ni del pecho en derredor
un muro tener de acero,
si allá en el alto balcon
no hay un solo corazon
que, atento á su noble empresa,
con tierna palpitacion
por su triunfo se interesa;
si entre tantos ojos bellos
ninguno afable le mira,
y al contemplar sus destellos
no puede beber en ellos
el ardor que aliento inspira;
si la impresion dulce, blanda,

junto al pecho enamorado
no siente de flor ó banda,
don del objeto adorado,
que amor y entusiasmo manda?

SOL. ¿Quién que no existe asegura
ese corazon que os ame,
ni esa prenda de ternura,
ni ese mirar que derrame
en vos aliento y bravura?
Acaso entre las hermosas
que luego justar os miren,
mil hallareis que suspiren,
mil que penen silenciosas
y amantes por vos deliren.

PEDRO. ¿Y qué me importa su amor?
Mi alma á todas las detesta
si, despreciando mi ardor,
una sola con rigor
á mi fiel pasion contesta.
A una sola amar me es dado,
y una que me adore quiero;
responda á mi amor sincero,
y entonces, afortunado,
mas que me odie el mundo entero.

SOL. ¡Cómo!... ¿Amais?

PEDRO. Sin esperanza.

SOL. ¡Sin esperanza! ¿Por qué?

PEDRO. Porque el deseo llevé
do mi fortuna no alcanza.

SOL. ¿Os desprecia?

PEDRO. No lo sé.

SOL. ¿Vuestro amor acaso ignora?

PEDRO. Sus fieros rigores temo.

SOL. Sois cobarde con extremo.

PEDRO. Es ley de quien bien adora.

SOL. Amor, cual númen supremo,
vence imposibles tal vez.

PEDRO. ¡Ah! Sí... Decid que piadosa,
deponiendo la altivez,

no abrigará su alma hermosa
ni rigores ni esquivez;
decid que oirá mis querellas
con benigna compasion,
y por dulce galardon
dejará á sus plantas bellas
que ponga mi corazon.
Decid me ha de permitir
que cuando la lid me llame,
su nombre adorado aclame,
y ese nombre, al combatir,
de invencible ardor me inflame.

SOL. Sí, sí, don Pedro, alentad;
sed su noble caballero;
por ella á la lid marchad,
esgrimid el fuerte acero,
y la victoria alcanzad.
Si á vuestros golpes zozobra
el poder de los infieles,
y España su honor recobra,
al mirar vuestros laureles
dirá ufana: esa es mi obra;
y cuando el carro triunfal
mire desde sus ventanas,
premiando ese ardor marcial,
hará su lecho nupcial
con banderas musulmanas.

PEDRO. ¿Qué escucho? ¡Oh dicha! ¡Oh placer!
¿Vos aprobais mi ternura?
¿No es sueño? ¿No es locura?
¡Ah! Me siento fallecer
de entusiasmo y de ventura.

SOL. Calmad, don Pedro ese ardor;
¿qué vale el que yo le apruebe?
Sólo tal vez por error
he supuesto aquí el amor
que otro pecho abrigar debe.

PEDRO. ¿Otro pecho? ¿Así, señora,
desvaneceis mi ilusion?

¡Halagábais mi pasion,
y cuál con daga traidora
desgarrais mi corazon!
¿No han dicho mis ojos ya
quién amo, por quién deliro?
¿Mi voz, con hondo suspiro,
publicándolo no está,
y hasta el aire que respiro?
¿Pensais que, do sin rival
vuestra hermosura descuella,
puedo hallar otra más bella,
ni en mi ceguedad fatal
querer ansiar si no es ella?

SOL. ¡Cómo!... ¿Qué decís?... ¿Soy yo? ..

PEDRO. Castigad mi atrevimiento
si este amor os ofendió.

SOL. ¡Ofenderme!... Nó... Eso no...

PEDRO. ¿Que no, respondeis?... Ya aliento.
Colmad mi felicidad.

SOL. ¿Yo... don Pedro?... ¿De qué modo?...
Mi padre viene... Tomad...
Esta banda os dice todo...
Id, y por mí pelead...
(Se quita una banda que lleva al pecho y se la da. Váse.)

ESCENA V

DON PEDRO y luego DON JUAN

PEDRO. ¡Esta banda!... ¡Oh gozo!... ¡Me ama!
¡Me ama!... No hay duda... No es sueño,
no es ilusion... Banda hermosa,
ven, cubre mi amante pecho;
tú le harás invulnerable
á los golpes del acero.

JUAN. (Aparte.) (Los dos estaban aquí...
Sí; mi hija es la que va huyendo...
Esa banda suya es...
¿Se amarán?... Disimulemos.)

De gozo miro brillar
vuestro semblante, don Pedro,
y el fuego que arde en los ojos
revela el fuerte guerrero.

PEDRO. Don Juan, digno de mi padre
en todo mostrarme anhelo,
é igualaré su valor,
cuando no sus altos hechos.

JUAN. La justa os aguarda ya;
marchad, que en lances como estos,
quien de valiente blasona
debe acudir el primero. (Váse don Pedro.)

ESCENA VI

DON JUAN y luego ABEN-SAID

JUAN. Vé; gózate por ahora
en tus ilusiones, necio;
halaguen tu pecho altivo
esos soñados trofeos,
mientras en tu padre, en tí,
descargo el golpe tremendo.
Pero Aben-Said espera,
de introducirle ya es tiempo.
(Abre una puerta secreta y sale Aben-Said.)
Ven... solo me encuentro ya;
entra, Aben-Said, sin miedo.

SAID. ¿Nadie nos escucha?

JUAN. Nadie.

SAID. ¿Y esas puertas?

JUAN. Ya las cierro.
(Cierra las dos puertas laterales.)
Puedes hablar.

SAID. ¿Y Guzman?

JUAN. No abriga el menor recelo.

SAID. ¿Qué ruido es ese que se oye?

JUAN. Que á la justa acude el pueblo.

SAID. ¿Y si á buscarte vinieren?

JUAN. Por esa puerta al momento
huirás.
SAID. ¿No pueden abrirla?
JUAN. Yo sé solo este secreto.
SAID. Bien está.
JUAN. ¿Nadie te ha visto?
SAID. No.
JUAN. Ese traje...
SAID. Con él puedo
por do quiera discurrir
en esta ciudad sin riesgo;
no ha dos años que los moros
eran de Tarifa dueños,
y en ella hay mil que se adornan
con el turbante agareno.
JUAN. Y bien, noble Aben-Said,
¿de Africa el monarca excelso,
el poderoso Jacob,
conoce ya mis deseos?
SAID. Los conoce.
JUAN. ¿Y qué resuelve?
SAID. Apoyando tus intentos,
ya ejército numeroso
ha traspasado el estrecho,
y tal vez en este dia
á Tarifa ponga cerco.
JUAN. Lo sabemos; y Guzman
está al combate dispuesto.
SAID. ¿Piensa acaso resistir?
JUAN. Y rechazar el asedio.
SAID. ¿No cuenta nuestros soldados?
JUAN. Le ciega el atrevimiento.
SAID. Inmenso es nuestro poder..
JUAN. El tiene valor y esfuerzo.
SAID. Tarifa sucumbirá.
JUAN. Por la fuerza no lo creo.
SAID. ¿Pues cómo?
JUAN. La astucia; no hay
para rendirla otro medio.

SAID. ¿Estás dispuesto á emplearla?
JUAN. Á emplearla estoy dispuesto.
SAID. Eso Jacob de tí espera.
JUAN. Mas, ¿cuál ha de ser el premio?
SAID. Si le entregas esta plaza;
si sus huestes conduciendo,
hasta el Betis caudaloso
extiendes su vasto imperio,
tuyos serán de Leon
y de Castilla los reinos.
JUAN. Acepto, y á mi palabra
quiero siga el cumplimiento.
Entregada á mi cuidado
la puerta de tierra tengo;
mañana, cuando la noche
extienda su oscuro velo,
con sigilo la abriré;
vosotros estad dispuestos,
y al mirar lucir en ella
de débil luz los reflejos,
acudid, que sin combate
el castillo será vuestro.
SAID. ¿Eso, don Juan, nos prometes?
JUAN. Esto, Aben-Said, prometo.
SAID. Pues llevo tan feliz nueva
al caudillo sarraceno.
Á mañana. Alá te guarde.
JUAN. Adios... Prudencia y secreto.
(Váse Aben-Said por la puerta secreta.)
JUAN. (Solo) Al fin logrados veré
mis ambiciosos deseos.
Mas vamos pronto á la justa,
antes que adviertan...
(Abre la puerta y retrocede viendo llegar á Guzman.)
¿Qué veo?
Guzman se dirige aquí.
¡Cuán alterado aquel pliego
leyendo viene!... Me ha visto...
¡Qué miradas!... Esperemos.

ESCENA VII

DON JUAN y GUZMAN

GUZMAN. ¿Vos aquí, señor infante?
JUAN. ¿Á qué tanta admiracion?
GUZMAN. ¡Retirado y solo estais
cuando todos en redor
de ver tan brillantes fiestas
aprovechan la ocasion!
¿No quereis, señor, honrarlas?
JUAN. El honrado fuera yo;
mas no es de extrañar las deje,
pues tambien las dejais vos;
vos, Guzman, cuya presencia
les diera tanto esplendor.
GUZMAN. La sangre de nuestros reyes
ilustra vuestro blason,
y mal puedo, donde esteis,
oscureceros, señor.
Demás, que justos cuidados
reclaman hoy mi atencion,
y cuando me habla el deber
tan sólo escucho su voz.
JUAN. ¿Temeis por dicha, Guzman,
el nuevo asedio?
GUZMAN. Eso no,
que jamás ante el peligro
desmaya mi corazon.
Todo en buena y noble lid
lo espero de mi valor;
mas do la espada no alcanza
llega tal vez la traicion.
JUAN. ¡La traicion!
GUZMAN. ¿Os asombrais?
Razon teneis, vive Dios;
y yo me asombro tambien
al mirar algun traidor.

JUAN. ¿Acaso habeis descubierto?...
GUZMAN. No... nada... es suposicion.
Mas ya que solos estamos,
pediros quiero un favor.
JUAN. Hablad.
GUZMAN. Lo veis; aunque fuertes,
pocos los soldados son
que encierra esta débil plaza,
do en defensa de su Dios,
más que trofeos, esperan
de mártires el honor.
Que nosotros perezcamos,
tal es nuestra obligacion;
¡mas vos, hermano del rey,
su inmediato sucesor!...
No, jamás desdicha tanta
consentir pudiera yo.
JUAN. En verdad, buen don Alonso,
pasmado oyéndoos estoy;
¿y á qué ese extraño discurso
se dirige en conclusion?
GUZMAN. ¿Necesitaré decirlo?
¿Tan poco entendido sois?
JUAN. ¿Quereis salga de Tarifa?
GUZMAN. Eso espero.
JUAN. Guzman, no.
GUZMAN. Es forzoso.
JUAN. ¿Quién lo manda?
GUZMAN. De Tarifa alcaide soy.
JUAN. Y yo infante.
GUZMAN. En otro sitio
seré vuestro servidor,
mas aquí reemplazo al rey;
¿quién es más, el rey ó vos?
JUAN. Os comprendo, don Alonso:
no oculteis vuestra intencion.
De traidor antes el nombre
vuestra lengua pronunció?
¿soy ese traidor acaso?

GUZMAN. Vos lo sabreis si lo sois.
JUAN. ¿Pensais?...
GUZMAN. Lo que vos pensáreis,
eso, don Juan, pienso yo.
JUAN. Explicaos.
GUZMAN. Es inútil;
dispensadme ese rubor.
JUAN. Vive el cielo, tal injuria...
Explicaos, ó si no...
GUZMAN. ¿Lo quereis? Ved esta carta.
JUAN. Y bien, ¿qué?
GUZMAN. Noticias son
de Fez... Un secreto amigo,
privado de Aben-Jacob,
me avisa que cauteloso
aquí nos vende un traidor.
¿Quereis ahora que os diga,
aquí para entre los dos,
quién es?
JUAN. Alguna calumnia.
GUZMAN. Vos sois, don Juan.
JUAN. ¿Yo?
GUZMAN. Sí, vos.
JUAN. ¡Yo!
GUZMAN. Si no lo declarara
la carta, esa turbacion,
ese rubor, esos ojos
lo dijeran
JUAN ¡Oh furor!
¿Y porque un moro lo diga?...
GUZMAN. No lo dice él sólo, no.
JUAN. ¿Quién más!
GUZMAN. Colocad la mano,
don Juan, en el corazon;
recordad los hechos vuestros;
ese es vuestro acusador.
JUAN. ¿Á un infante de Castilla
así hablais con torpe voz?
GUZMAN. Por ser hermano del rey

así os hablo, que si no,
ya estuviérais á estas horas
colgado de aquel balcon.

JUAN. ¡Que sufra tal insolencia!

GUZMAN. ¿Saldréis, en fin?

JUAN. ¿Cuándo?

GUZMAN. Hoy.

JUAN. ¿Y no temeis mi venganza?

GUZMAN. Cumpla yo mi obligacion,
y lo que fuere despues
allá lo dispondrá Dios.

ESCENA VIII

DICHOS y DON PEDRO

PEDRO. (Acudiendo apresurado.)
Padre, á las armas; se acerca
de la ansiada lid la hora.
Por el lejano horizonte
la hueste enemiga asoma;
entre el polvo que levanta
su marcha atrevida y pronta,
con la luz del sol heridas
brillan sus lucientes cotas,
y en alas del viento llega
el ronco son de sus trompas.
Nuestros guerreros llevando
en sus ojos la victoria,
cual si fuesen á un festin,
el alto muro coronan,
y allí con gritos de guerra
al odiado infiel provocan,
blandiendo con fuerte mano
las espadas cortadoras.
Venid, que para vencer
vuestra vista aguardan sola.

GUZMAN. Bien; me agrada ese ardimiento;
nunca yo esperé otra cosa;

cada día de batalla
un día será de gloria.
(Se oye á lo lejos un rumor que se va acercando por grados.)
Mas, ¿qué rumor?

PEDRO. Son las voces
que el entusiasmo denotan
con que corren ardorosos...

GUZMAN. No... la causa ha de ser otra...
Silencio... ¿Oís?... Muera, dicen.

JUAN. ¡Muera!

GUZMAN. Sí. (Abre un balcon y miran.)
Mirad... furiosa
La plebe aquí se encamina...
Arrastra á un hombre... Sus rotas
vestiduras manifiestan
que es un moro.

JUAN. ¡Un moro!

GUZMAN. ¿Y osan?...

JUAN. (¿Será acaso Aben-Said?) (Aparte.)

GUZMAN. (¡Oh! ¡Cuál su faz se trastorna!)
(Aparte observando á don Juan.)
(¡Qué sospecha!) Pronto... vamos...
Sepamos quien ocasiona...

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA SOL

SOL. ¡Ah! Padre, os encuentro al fin;
huid, huid sin demora,
que el alborotado pueblo
vuestra vida, en su ira loca,
viene pidiendo.

JUAN ¡Mi vida!

PEDRO. ¡Cielos!

GUZMAN. ¿Qué decís?

JUAN. Me ahoga

la rabia.

SOL. Que muera dicen
con furor mil y mil bocas.
Salvadle... ¡Cielos!... Ya suben...
¡Ay! Una hija os implora...
Defendedle.

PEDRO. Os lo prometo.

GUZMAN. Nada temáis, Sol hermosa.
¿Quién podrá, donde yo mando,
atreverse á su persona?

ESCENA X

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS y PUEBLO

NUÑO. Aquí está... miradle... á él.

PUEBLO. ¡Muera el traidor!

PEDRO. (Desnudando la espada y colocándose delante de don Juan.)
Si alguien osa...

GUZMAN. Tened.

NUÑO. Dejad que llevemos
ese infame á la picota...

GUZMAN. ¡Nuño!

NUÑO. Señor.

GUZMAN. Y te atreves...

NUÑO. Es que... se ven tales cosas...
Señor, os lo tengo dicho:
aquí se arman mil tramoyas,
y ese traidor...

GUZMAN. ¡El infante!

NUÑO. El infante... ¿Qué me importa?
Aun al lucero del alba,
sin andarme en más retóricas,
si le hallo en un mal fregado,
le colgaré de una horca.

GUZMAN. ¿Pero qué?...

NUÑO. Que yendo al muro,
topé de manos á boca
con cierto moro de Fez

aún más traidor que Mahoma.
Quiere escapar... le detengo...
viene gente... le interrogan...
se turba... declara al fin...
¡Lo que yo decía, toma!
Que para entregar la plaza
ese traidor que deshonra
su sangre, ese nuevo Dolfos,
aún más vil que el de Zamora,
se ha vendido al marroquí.

JUAN. Miente.

NUÑO. No, que muchas otras
habéis hecho.

GUZMAN. Nuño, basta.
Reportaos. ¿No os sonroja
así sospechar de un noble
á quien sangre real abona?
¿Por sólo el dicho de un moro
creeis que tan fea nota
eche en su fama un guerrero
que hermano del rey se nombra?
No, no; sabed que don Juan
marcha de Tarifa ahora
á pedir al rey don Sancho
que sin tardar nos socorra.
Conociendo él mismo há poco
cuánto este socorro importa,
ir se ofrecía á Sevilla
con riesgo de su persona.
¿No es verdad, don Juan?

JUAN. Mas yo...

GUZMAN. (Bajo y con energía á don Juan.)
Si vivir os acomoda,
decid, infante, que sí,
pues de otra suerte os ahorcan.

JUAN. Así es... compartir quería
con vos la muerte ó la gloria;
mas imperioso deber
hoy me aleja de la costa,

y sólo porque así os sirvo
mi alma con él se conforma.
Marcho ahora mismo.

SOL. (Aparte.) (¡Dios mío,
lejos de él!)

PEDRO. (Aparte.) (¡Ah! ¡Me la roban!)

NUÑO. (¡Con todo, mejor sería (Aparte.)
meterle en una mazmorra.)

JUAN. Ven, hija. (A doña Sol.)

PEDRO. Sol, ¿me dejais? (Bajo.)

SOL. Es separacion forzosa.

JUAN. Quedad con Dios.

GUZMAN. El don Juan,
os guarde.

NUÑO. (Bajo una losa.) (Aparte.)

ESCENA XI

GUZMAN, DON PEDRO, NUÑO, SOLDADOS y PUEBLO.—Óyense á lo lejos clarines que tocan al arma.

GUZMAN. ¿Oís soldados? La sonora trompa
ya nos llama á la lid; corramos luego,
y alarde haciendo de guerrera pompa,
al brazo no hay que dar paz ni sosiego;
pechos infieles vuestra espada rompa;
sus tiendas de oro y seda trague el fuego,
y véanos trocar la mar cercana
en otra mar de sangre musulmana.

No os asusten los fieros escuadrones
que en torno al muro su furor ostentan,
que al número no atienden los leones
cuando en débil rebaño se ensangrientan;
siempre los esforzados corazones
sus contrarios combaten, no los cuentan;
seguidme, y descargando golpes ciertos,
los contareis mejor después de muertos.

¿Españoles no sois? Pues sois valientes;
á fuer de castellanos sois leales;

ni al peligro jamás volveis las frentes,
ni os pueden abatir hados fatales;
antes que aquí rendidos, hoy las gentes
verán vuestros honrosos funerales,
renovando con ínclita constancia
las glorias de Sagunto y de Numancia.
Sí, castellanos; si el rigor del cielo
negase á nuestras armas la victoria,
en el trance fatal, para consuelo,
nos queda siempre de morir la gloria;
guarde este ardiente ensangrentado suelo
de Tarifa tan sólo la memoria;
y conquiste el Alárabe entre asombros
montones de cadáveres y escombros.
Pero no, no será; ya vuestros ojos
en sacrosanta llama ardiendo veo,
y alzar vuestras espadas con despojos
en estos muros inmortal trofeo;
dejándolos doquier con sangre rojos,
el moro llore este fatal bloqueo;
y estrechado entre el mar y nuestras lanzas,
completen hierro y mar nuestras venganzas.
Venid, que desde el alto firmamento
el Dios por quien lidiamos ya nos mira,
y dando á nuestras almas ardimiento,
lanza al infiel los rayos de su ira.
Nuestras hazañas, desde el regio asiento,
con nobles premios, el monarca admira.
¡Feliz quien por los dos su sangre vierte!
¡A morir ó vencer!

TODOS. ¡Victoria ó muerte!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoracion que en el primer acto.

ESCENA PRIMERA

GUZMAN y DOÑA MARÍA

MARÍA. No vuelve, ¡ay cielos! no vuelve.
¡Madre infelice!
GUZMAN. Calmaos;
mostrad, por Dios fortaleza,
y reprimid ese llanto.
MARÍA. ¡Reprimir el llanto! ¡Yo!
¡Una madre! Al hijo amado
pierdo, y quereis... ¡Ah! Vosotros,
hombres de hierro, gozaos
en la sangre; ved morir
sin duelo á hijos, hermanos,
pero al menos á las madres
dejadnos llorar, dejadnos.
GUZMAN. A par de vos, tambien siento
mi corazon destrozado,
y no es menos mi dolor
porque lo sufro y lo callo.
¿Pero somos, por ventura,
los únicos que en el campo,
combatiendo por la patria,
perdieron los hijos caros?
Mil hay, sí, que cual nosotros
sienten los golpes infaustos
de la guerra; mil que lloran,

y lo ocultan sin embargo.
¿Quereis que en lágrimas viles
muestre los ojos bañados,
y en Tarifa de flaqueza
el infame ejemplo dando,
con lamentos importunos
siempre doquiera el desmayo?
¿Quereis que al mirarme caigan
las espadas de las manos,
y tantos fuertes guerreros
convierta en viles esclavos?
No, señora, no.

MARÍA. ¡Qué bien
que discurre un inhumano!
¡Qué bien se encuentran pretextos
cuando un corazon de mármol
disculpa lo que no siente
con esos deberes vanos!
Mas yo soy madre; mi dolor
es legítimo, sagrado;
dad vos el hijo al olvido,
mi obligacion es llorarlo.

GUZMAN. Llorad, pues; mas ocultad
el lloro en este palacio.
Yo tambien, luego que tienda
la noche el oscuro manto,
á solas aquí con vos
daré á mis lágrimas vado;
sin que nadie aquí lo sienta,
en vuestro seno llorando,
vereis que tambien es padre
este rústico soldado.
Pero, ¿qué digo? tal vez
sin razon nos alarmamos.
Novel guerrero, don Pedro,
por su audacia arrebatado,
dió rienda al bridon fogoso
persiguiendo al africano;
pronto volverá, sin duda

ceñido de noble laura,
en puro y sublime gozo
esas lágrimas trocando.
Ya Nuño salió en su busca;
demos treguas al quebranto,
que sin tener nuevas de él
no volverá el buen anciano.
Mas ¿qué miro?... El es... ¡Ay!... ¡Solo!
Dadme valor, cielo santo.

ESCENA II

DICHOS, NUÑO y SOLDADOS

GUZMAN. ¿Y bien, Nuño?
MARÍA. ¿Y mi hijo?... Hablad...
¡Mi hijo!... ¿Qué es de él?
NUÑO. ¡Voto al diablo!
No lo sé.
GUZMAN. ¿No lo sabeis?
MARÍA. ¡Murió... murió... desdichado!
NUÑO. Tanto como eso no creo;
pero...
GUZMAN. Acabad.
NUÑO. Todo el campo
he recorrido... busqué...
su cadáver... ¡qué!... ni rastro.
Nada; ni vivo ni muerto
se le halla por ningun lado.
MARÍA. ¡Dios mio!
GUZMAN. ¿Pues dónde?...
NUÑO. ¿Dónde?
Vive Dios, mucho me engaño,
ó está...
GUZMAN. Decid.
NUÑO. Prisionero.
GUZMAN. ¡Prisionero!
NUÑO. Sí.
MARIA. Pues vamos,

vamos al campo enemigo,
pronto, pronto, á rescatarlo.
Mis tesoros, mis preseas,
cuanto tengo, al africano,
si al hijo mio me vuelve,
prometo dar... No perdamos
tiempo, venid.

NUÑO. ¡Qué ocurrencia!
¿Por ventura es necesario?

GUZMAN. Sí, Nuño, sí... Marchad vos;
os doy este dulce encargo.
Id, y ofreced cuanto pida
al caudillo mahometano.

NUÑO. ¡Ir yo con esa embajada!
¿A la postre de mis años
rescatar con el dinero
lo que puedo á cintarazos?
¡No, señor; bueno seria,
teniendo acero en las manos!
Dejadme á mí... yo sabré...

GUZMAN. ¿Qué intentáis?

NUÑO. ¡Toma! Está claro:
si al chico nos quitó el moro,
de sus garras arrancarlo.
¡Pues cabalmente me pinto
yo solo para estos casos!
Voy esta noche á sus tiendas,
entro en ellas por asalto,
pego á diestro y á siniestro,
á este hiero, á este otro mato,
y queda antes que amanezca
el negocio despachado.

GUZMAN. O más bien perecereis.

NUÑO. Que perezca: ¡vaya un daño!
Mejor: así como así
me estará bien empleado.
Porque yo tengo la culpa:
yo le levanté de cascos,
diciéndole: «Vamos, hijo,

á ellos, ya llegó el caso:
aquí se ha de ver á un hombre.
«¡Castilla y viva Santiago!»
Y él, que no lo necesita,
echó á correr como un rayo.
Eso sí, voto va bríos,
¡qué valiente, qué bizarro!
¡Como que atrás me quedé,
y ya no le ví!... ¡Y dejarlo
he podido en la estacada!
¡Y sin él vivo he tornado!
No tengo honor ni vergüenza
si hoy libre aquí no os le traigo.
Voy... Mas ¿qué veo?... ¿No es él?

GUZMAN. ¿Quién?
MARÍA. ¡Mi hijo!
GUZMAN. Sí... Apresurado
corre hacia aquí.
MARÍA. Sí... sí... él es.
GUZMAN. Gracias, cielos soberanos.

ESCENA III

DICHOS, DON PEDRO y SOLDADOS

MARÍA. ¡Hijo!
PEDRO. ¡Madre!
GUZMAN. ¡Amado Pedro!
PEDRO. ¡Padre querido!
GUZMAN. Un abrazo.
PEDRO. ¡Nuño!
MARÍA. ¡Al fin te vuelvo á ver!
¡Ah! ¿Por qué has tardado tanto?
¿Estás herido?
PEDRO. No, madre.
MARÍA. Ven otra vez á mis brazos.
No le hemos perdido, no.
Vedle... aquí está... ya le hallamos.
¡Lo ves, Nuño!

NUÑO. Sí, ya veo
que buen susto nos has dado.
MARÍA. ¡Hacernos así penar!
¿Dónde te hallabas, ingrato?
¿No pensabas en tu madre?
PEDRO. ¡Ay! Harto pensaba.
NUÑO. ¡Bravo!
Don Pedro, por la primera,
como un Cid habeis lidiado.
GUZMAN. Más de lo que es menester;
pues buen guerrero no llamo
al que en la lid no reune
lo prudente á lo esforzado.
NUÑO. ¿Y quién diablos, si es valiente,
se contiene peleando?
GUZMAN. Otra vez en la batalla
vendreis, don Pedro, á mi lado,
Mas ahora habreis menester
entregaros al descanso.
Venid.
PEDRO. No puedo.
MARÍA. ¿No puedes?
PEDRO. Hoy mismo, señor, me marcho.
MARÍA. ¿Te marchas?
GUZMAN. ¿Dónde?
PEDRO. Señor...
no me atrevo á pronunciarlo.
GUZMAN. ¿Pues qué sucede?
MARÍA. Dí pronto.
PEDRO. Si os he vuelto á ver, si os hablo,
lo debo, señor, tan sólo
á la piedad del contrario.
GUZMAN. ¡A su piedad!
MARÍA. ¿Cómo?
PEDRO. En mí
ved á un miserable esclavo.
GUZMAN. Pues qué, ¿acaso prisionero?
PEDRO. Sí.
MARÍA. ¡Dios mío!

GUZMAN. ¡Desgraciado!
NUÑO. ¿No lo dije?
PEDRO En la refriega
cayó muerto mi caballo.
Entonces de la morisma
por todas partes cercado,
contra tantos enemigos
procuro lidiar en vano.
Rota en mil trozos la adarga,
y rodando en tierra el casco,
sobre mi frente desnuda
ví cien alfanjes alzados.
Un moro me reconoce,
y grita al punto: «Apartaos,
respetad á este guerrero,
pues le defiendo y le guardo.»
Era Aben-Comat, á quien
en días menos aciagos,
con vos, despues de vencido,
unió de amistad el lazo.
Mas llega el caudillo moro;
«eres mi esclavo, cristiano»,
dice, y al punto me cercan,
y mírome desarmado.
Sabiendo quién soy, pretende
hora entrar con vos en trato
sobre mi rescate, y tiene
Aben-Comat este encargo.
Al pié del muro se encuentra
vuestro seguro esperando.
GUZMAN. ¡Aben-Comat! Venga luego.
Id... traedle... ya le aguardo.
(Váse un soldado.)
PEDRO. A su sincera amistad
debo el placer de abrazaros;
pues que aquí le acompañara
del jefe Amir ha alcanzado,
mi palabra de volver
cuando él regrese empeñando.

MARÍA. ¡Oh Dios! ¿Y nos dejarás?
PEDRO. Lo manda el honor sagrado.
MARÍA. ¡Ah! Nunca consentiré...
GUZMAN. Cese ya tu sobresalto,
María; nada receles,
pues hoy será rescatado.
Si el oro apetece Amir,
Le daré tesoros tantos
que pueda igualar con ellos
la pompa de un soberano.
PEDRO. Amir en el campo moro
menos, señor, manda acaso
que un traidor, baldón de España,
que está su estirpe infamando.
GUZMAN. ¿Quién es?
PEDRO. ¡Don Juan!
GUZMAN. ¡El infante!
PEDRO. De aquí viéndose arrojado,
ha ofrecido al musulman
el apoyo de su brazo.
NUÑO. ¿No lo dije?... Si su cara
de Judas es el retrato.
¡Qué poco nos vendería
si le hubiéramos ahorcado!
GUZMAN. Suya la infamia será;
yo cumplí cual buen vasallo.
PEDRO. A par del caudillo Amir,
por los moros acatado,
alzar le ví más que nunca
la frente orgulloso y vano.
Brilló, al mirarme cautivo,
feroz sonrisa en sus labios,
y retrataban los ojos
su corazon inhumano.
MARÍA. ¡Ah! Me estremece.
GUZMAN. Se acerca
Aben-Comat; sosegaos.

ESCENA IV

DICHOS y ABEN-COMAT

COMAT. Salud, noble Guzman.
GUZMAN. Dame los brazos
generoso Comat.
COMAT. Dios sólo es grande.
El te proteja, castellano insigne.
GUZMAN. ¡Cuán dulce á mi amistad es estrecharte
sobre este corazon! Tú solo, amigo,
la memoria de Fez grata me haces;
de los lazos que allí con vil perfidia
me tendiera un traidor, tú me libraste;
y hoy deteniendo los mortales golpes,
la prenda de su amor vuelves á un padre.
Gratitud para siempre.
COMAT. Amistad santa
nuestras almas, Guzman, por siempre enlace.
MARÍA. Permite, Aben-Comat, que agradecida
bese tus plantas una triste madre.
COMAT. ¿Qué haceis?... ¡Ah, levantad!... Eso, señora,
más bien que agradecer, es humillarme.
NUÑO. ¡Bien!
COMAT. ¡Pero Nuño aquí!... Valiente anciano,
¿no te acuerdas de mí?
NUÑO. Moro del diantre,
más de lo que quisiera.
COMAT. ¿Siempre guardas
á los míos rencor?
NUÑO. ¡Sí, voto á sanes!
Solamente á tí no.
COMAT. La mano.
NUÑO. Toma.
(Aparte.) Lástima que este moro no se salve.
GUZMAN. Y bien, Aben-Comat, dí tu embajada.
Si á proponerme vienes el rescate
del hijo que idolatro, hablar ya puedes.

Estados tengo que señor me llamen;
ricos tesoros en mis arcas guardo,
que á comprar todo un reino son bastantes;
si Amir los apetece, suyos sean,
pues mientras este cerco no me falte,
y existan en España pueblos moros,
riquezas, vive Dios, no han de faltarme.

COMAT. No exige tanto Amir; antes desea
que esos estados y tesoros guardes.
Al hijo te dará, y á par, si quieres,
con él nuevos estados y caudales
que en Africa encumbrando tu fortuna,
á los más altos príncipes te igualen.
Una cosa no más pide.

GUZMAN. ¿Cuál? Dila

COMAT. Que el fuerte de Tarifa has de entregarle.

GUZMAN. ¡Yo entregar á Tarifa!

MARÍA. ¡Oh Dios!

NUÑO. Infamia.

PEDRO. ¿Eso á Guzman propones, miserable?

GUZMAN. Dale gracias, Comat, al ser mi amigo,
y á que el seguro que te dí te ampare,
pues nadie osara hacerme tal propuesta
sin que la torpe lengua le arrancase.

COMAT. Modera ese furor, Guzman, y advierte...

GUZMAN. Solo advierto que quieres infamarme.
¡Tú proponerme á mí!... ¿No me conoces?
¿Qué hicieras tú, si en mi lugar te hallases?

COMAT. ¿Yo?... Dejemos inútiles preguntas.
¿Puedo acaso saber?...

GUZMAN. Harto lo sabes,
y que, cual yo rehuso, rehusaras,
diciendo está el rubor de tu semblante.

COMAT. Sólo de quien me envia los mandatos
fiel debo aquí cumplir, y sin examen.

GUZMAN. Pues lleva á quien te envia, por respuesta,
que, cual cumple á mi gloria y á mi sangre,
para entrar en Tarifa ha de servirle
de sangriento camino mi cadáver.

y que sus condiciones yo desprecio,
como tambien desprecio á quien las hace.

COMAT. Piénsalo bien, Guzman: tuya es Tarifa;
tú solo con valor la conquistaste;
hora con tus tesoros la sostienes;
la defienden tus deudos y parciales,
nada á tu rey le debes.

GUZMAN. Ten la lengua,
que no discurren tanto los leales.
A Tarifa guardar juré en su nombre,
y nunca hombres cual yo juran en balde.

COMAT. ¡Ah! Duélate el destino que le espera
en Africa á tu hijo. ¿Que allí arrastre
la vil cadena dejarás que á un tiempo
sus fuerzas mengüe y su deshonra labre?
¿Mientras en la abundancia aquí te goces,
que sufra dejarás la sed, el hambre,
y lejos de su patria, acaso encuentre
temprana sepultura entre arenales?

GUZMAN. Moro, como quien es, al hijo mio
en Africa yo espero se le trate.

PEDRO. ¿Y qué importa, señor? Dejad que apuren
esas fieras en mí sus crueldades.
¿Trátase del honor, de patria y gloria,
y en mi triste existir puede pensarse?
¿Un inútil guerrero que sin fuerzas
rendir se deja en el primer combate,
con la suerte de un reino osara acaso
ponerse en parangon un solo instante?
No, no, jamás... Señor, á vuestro hijo
ya no mireis en mí... Soy un infame,
un vil esclavo soy... Mi cobardía
con la cadena vil justo es que pague,
y en tamaño baldon, no pertenezco
á la sangre inmortal de los Guzmanes.

MARÍA. ¿Qué dices, hijo? ¡Oh Dios! ¿Quieres que muera
esta madre infeliz?

PEDRO. Madre, dejadme;
no se quieren aquí lágrimas viles,

se necesitan pechos indomables,
¿Tarifa ha menester mi sacrificio?
Mi sacrificio, pues, no se retarde.

María. ¡Ah!

Guzman. Bien, hijo, muy bien... Ven á mis brazos;
eres digno de mí, eres mi sangre,
¿Lo ves, Aben-Comat? Puedes la infamia
á otra parte llevar, que aquí no cabe.

Comat. Ilusos, delirais. ¿Pensais acaso
que ni aun así Tarifa ha de salvarse?
¡Perdeis por ella libertad y vida!
¿Para qué. si es su ruina inevitable?
Mirad esas legiones que la asedian;
pequeña muestra son de las falanges
que pueden, cual torrente irresistible,
sobre España lanzar los Almohades.
Ya se congregan en inmensas huestes
los hijos del desierto; ya el alfange
desnudan vengador cuantos respiran
desde el fecundo Nilo hasta el Atlante;
y tantos son, que con las flechas pueden
oscurecer el día sus enjambres.
¿Contra tanto poder, Tarifa acaso
espera resistir? Espera en balde.
Caerá, logrando sólo entre sus ruinas
sus necios defensores sepultarse.

Guzman. Mas caerá con honor; pero cayendo,
nuestra fama y virtud serán más grandes.
No es la gloria tan sólo del que vence,
éslo también del que lidió constante,
y tal vez sobre ruinas, mas lozanas
suelen crecer las palmas inmortales.
También cayó Numancia: en sus escombros
las alas tendió el águila triunfante;
mas sólo allí vergüenza alcanzó Roma,
y Numancia es honor de las edades.
¿Piensas que nuestros pechos amedrentas
de ese inmenso poder haciendo alarde?
Moro, te engañas; españoles somos

que, do más riesgos hay, menos se abaten;
su muerte cierta ven, y no desmayan;
pueden vencidos ser, mas no cobardes;
y siempre superiores al destino,
lauros, donde otros mengua, encontrar saben.

COMAT. ¿Luego hoy tus esperanzas llegan sólo
á perecer con gloria en el combate?

GUZMAN. No, que aspiro á vencer. Dios, por quien lidio,
me prestará la fuerza que me falte;
y dispuesto á morir, la palma aguardo.
De tus inmensas huestes no te jactes.
¿Ves los pocos guerreros que me cercan?
Del triunfo en la esperanza todos arden,
y ser un héroe cada cual creyendo,
de los tuyos por mil piensa que vale.

COMAT. Guzman, te admiro, aunque á la par me duele
tu ceguedad funesta.

GUZMAN. No te canses,
que esto exige mi honor, y esto resuelvo.
Vuélvete, Aben-Comat, á tus reales,
y lleva á tu caudillo mi respuesta.
Nuño, le seguirás, y del rescate
tratarás con Amir; cuantos tesoros
hoy tengo en mi poder, ofrezco darle;
pero, si mis ofertas despreciando,
á devolverme el hijo se negase,
si cual esclavo al Africa le lleva,
del Africa yo mismo iré á sacarle. (Váse.)

ESCENA V

DOÑA MARÍA, DON PEDRO, ABEN-COMAT y NUÑO

COMAT. Oidme, doña María:
si al hijo prenda del alma
ansías conservar, venced
esa bárbara constancia.
Ved que peligra su vida.

MARÍA. ¡Oh Dios!

PEDRO. ¿Qué decís?
NUÑO. ¿Osarán?...
COMAT. Mi intento ocultaros era
el riesgo que le amenaza,
mas ya es preciso sepais...
MARÍA. Hablad; no me oculteis nada.
COMAT. Don Juan en el campo moro
cual dueño absoluto manda;
y aun Amir, obedeciendo
las leyes de su monarca,
sus consejos, sin osar
contradecirlos, acata.
Si al real vuelve don Pedro
sin que Tarifa nos abra
sus puertas, lo temo todo
de su implacable venganza;
en mi presencia ha jurado
sacrificarlo á su rabia.
MARÍA. ¡Ah! Lo hará... sí... le conozco...
ninguna maldad le espanta.
COMAT. Puesto que Guzman desoye
mis amistosas palabras,
probemos si vuestro llanto,
si vuestros ruegos le ablandan.
Aprovechad los instantes
que aun de estar aquí me faltan;
ved que si llego á marchar,
si don Pedro me acompaña,
por más que estorbarlo quiera
mi amistad acrisolada,
segará tal vez hoy mismo
un cuchillo su garganta. (Váse.)

ESCENA VI

DOÑA MARÍA, DON PEDRO y NUÑO

MARÍA. ¿Qué dice?... ¡Oh cielos!... ¡Morir
el hijo de mis entrañas!
¡Y yo lo consentiria!

¡Y yo marchar le dejara!
No, no será, si primero
de mis brazos no le arrancan.

PEDRO. Calmaos, madre.

NUÑO. Señora...

MARÍA. Vamos, vamos sin tardanza,
no perdamos tiempo... Vea
tu padre mi pena amarga...
y tú tambien, Nuño, ven;
Vamos los dos á sus plantas.
No desoirá nuestros ruegos;
y si estos ruegos no bastan,
cuantas madres en Tarifa
presencian hoy mi desgracia,
á nosotros se unirán
en triste llanto bañadas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoracion que en los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA

NUÑO y ABEN-COMAT

COMAT. ¿Entró por fin doña Sol?
NUÑO. Mi palabra te cumplí;
con sigilo, cual deseas,
la acabo de introducir,
y en una estrecha estancia
está no lejos de aquí.
COMAT. Bien... ¿Nada sabrá Guzman?
NUÑO. Nada. ¿Mas dirás al fin
qué extraña venida es esta?
¿Qué es lo que quiere decir
este misterio?
COMAT. Tal vez
se salve don Pedro así.
Prendado se halla hace tiempo
de ese bello serafin;
y puesto que en mi mensaje
tan poco dichoso fuí,
amor con dos bellos ojos
será acaso más feliz.
NUÑO. ¿Pero lo sabe don Juan?
COMAT. El lo quiere.
NUÑO. ¡Malandrin!

Alguna nueva tramoya;
me pesa ya consentir...

COMAT. En que se hablen dos amantes
no hay peligro.

NUÑO. A veces sí;
y en cuanto don Juan dispone
hay oculto algun ardid.

COMAT. Bien... Si temes...

NUÑO. Ya ha venido,
y es tan buena, tan gentil...
Trabajo cuesta el creerla
hija de padre tan ruin;
no cabe en su corazon
ningun pensamiento vil,
ni en don Pedro mucho menos...
Conque pecho al agua, y...

COMAT. Esta secreta entrevista
debe, Nuño, decidir
Si habrá de volver don Pedro
al campo del marroquí,
ó bien quedarse ya libre
en Tarifa; y pues salir
me es fuerza antes que se oculte
el sol, corre, y que por tí
no se pierda tiempo.

NUÑO. ¿Al cabo
te marchas?

COMAT. Me anuncia Amir
que al nuevo día embarcarme
me manda Jacob.

NUÑO. Pues dí,
¿no podrias retardar?...

COMAT. Con ser tan fuerte adalid,
si en obedecer tardase,
cayera, triste de mí,
pronto al suelo mi cabeza.

NUÑO. Pardiez, que hila muy sutil
vuestro califa; á nosotros
no nos manda el rey así;

de nobles fueros gozamos,
y alta siempre la cerviz,
no dejamos que nos quiten
la cabeza así en un tris.

COMAT. Esto nuestra ley ordena.

NUÑO. Sea en buen hora, que al fin
en algo se debe un moro
de un cristiano distinguir.
Mas voy luego por la infanta.

COMAT. Traerla puedes aquí,
y cuida de que tambien
don Pedro pueda venir. (Váse.)

ESCENA II

ABEN-COMAT

COMAT. Con una infernal astucia
don Juan calculó sus planes.
De una madre los lamentos,
los halagos de un amante,
más que el temor de la muerte
serán hoy sus auxiliares;
pero él de los otros juzga
por su corazon infame,
y estos pechos á la voz
del honor tan sólo laten.
Con repugnancia obedezco;
mas si don Pedro aceptase,
serviré á un tiempo al califa
y lograré que él se salve.

ESCENA III

ABEN-COMAT y DOÑA SOL.

COMAT. Venid, venid, Sol hermosa...
Mas ¿por qué en vuestro semblante
de inoportuno dolor
miro impresas las señales?

¡Vais á ver al noble objeto
de un amor puro, constante,
y miro esos tristes ojos
en lágrimas anegarse!
Jóven, gallardo, valiente,
en merecimientos grande,
digno es don Pedro de vos,
y sola vos podreis darle
el galardon que merecen
su virtud, sus altas partes.
¿Por qué, pues?

SOL. Sí, lo confieso:
sus prendas nobles, brillantes,
con encanto irresistible
consiguieron cautivarme.
Siendo suya, mi ventura
envidiarian los ángeles,
mas no puede á tanta costa
esa ventura aceptarse.

COMAT. Sé que un triste sacrificio
exige de él vuestro padre;
mas, ¿quién para poseer
tal tesoro?...

SOL. ¡Medio infame!
Tan vil traicion no consiente
la hidalguía de su sangre;
y si capaz fuese de ello,
yo dejaria de amarle.

COMAT. Considerad..

SOL. ¿Y han creido
que él á Tarifa entregase?
¿Premio me hacen de quien venda
á su patria, vil, cobarde?
¿Y he de ser yo quien proponga?...
¡Ah! Fuera un horrible enlace
comprando á tal precio... Nunca...
Consentir en él no es dable.

COMAT. Mas si peligra su vida...

SOL. Aún estremecer me hacen

estas horribles palabras:
«O de esa ciudad me abre
la puerta, y suya es tu mano,
ó su cabeza un alfange
divide luego...» Esto dijo
con voz terrible mi padre...
Y me estremecí... A sus plantas
me arrojé... Con abundante
llanto las regué... Mis súplicas,
mi lloro, todo fué en balde.
¡Ah! Sin tan fiera amenaza,
cielo santo, bien lo sabes,
no viniera á ser aquí
mensajera de maldades.

COMAT. Calmaos... Oid tan sólo
esa pasion que en vos arde.
Don Pedro viene... Mirad
que es tiempo aún de salvarle,
y á decretar vais ahora
ó su muerte ó su rescate. (Váse.)

SOL. ¿Qué haré? ¿Qué diré? Dios mío,
mi espíritu vacilante
sostened... Dadme valor,
ó de este abismo sacadme.

ESCENA IV

DOÑA SOL y DON PEDRO

PEDRO. Sol, lucero de mis ojos,
¿es verdad que torno á veros?
¿Cesando ya mis enojos,
me es permitido ofreceros
el corazon por despojos?
A esas plantas permitid...

SOL. ¡Ah! De mí, don Pedro, huid.

PEDRO. ¡Huir cuando al colmo llega
mi dicha!... No, recibid...

SOL. Un funesto error os ciega.

Huidme, sí.
PEDRO. ¿Qué terror
altera vuestro semblante?
SOL. Hoy mi padre, en su furor...
PEDRO. ¿Sabe ya mi amor constante?
SOL. Es vuestra muerte ese amor.
PEDRO. Entiendo: injusto, insensible,
le ofende mi pura llama.
SOL. ¡Pluguiese á Dios!... Preferible
fuera su enojo inflexible.
PEDRO. ¿Eso decís á quien ama?
SOL. Esto quien os ama os dice.
PEDRO. ¿Cómo? Cuando nuestro amor
un padre no contradice...
SOL. Antes aprueba este ardor.
PEDRO. ¿Y osais llamarme infelice?
SOL. ¿Quereis más? El inhumano,
con despiadada ironía,
consiente en daros mi mano.
PEDRO. ¿Qué escucho? ¡Al fin sereis mia!
SOL. ¡Ah! No os mostreis tan ufano.
Sí, vuestra ya puedo ser;
¿pero sabéis á qué precio
me teneis que poseer?
PEDRO. Todo lo prometo hacer
por un bien que tanto aprecio.
Decidme dónde en España,
fuera de ella, hay una hazaña
que emprender por vos yo pueda;
si el corazon no me engaña,
nada hay que á mi amor no ceda.
SOL. Hora camino el honor
para obtenerme no es.
PEDRO. ¿Cuál?
SOL. Otro lleno de horror.
PEDRO. ¿Qué me es preciso hacer, pues?
SOL. Es preciso... ser traidor.
PEDRO. ¡Traidor!
SOL. Sí... Sabéislo ya.

PEDRO. ¡Cielos! ¡Aterrado estoy!
SOL. Dispuesto el altar está;
si á Tarifa entregais hoy,
si á la patria, al soberano,
si la santa ley de Dios
vender consentis villano,
unida quedo con vos.
¿Aceptais?... Esta es mi mano.
PEDRO. Señora, ¿me conoceis?
SOL. Porque os conozco sobrado
por vos la respuesta he dado.
PEDRO. ¿Por mí respondido habeis?
¿Queréisme, pues, deshonrado?
SOL. ¿Eso recelais de mí?
Atenta á vuestro decoro,
vuestra muerte preferí,
porque para vos creí
la honra el mayor tesoro.
PEDRO. Ahora sí, Sol hermosa,
conozco que me adorais;
en esa respuesta honrosa
de vuestra llama amorosa
la mejor prueba me dais.
SOL. Al precio de vuestra fama
no compro yo mi ventura;
mas esta mujer que os ama,
¡ay triste! si no os infama,
os da una muerte segura.
PEDRO. ¿Y qué me importa el morir?
Con mi honor he de cumplir,
y pues no os prefiero á vos,
menos lo haré, vive Dios,
con un mísero existir.
Don Juan me ha juzgado mal
si al poder de esa belleza
piensa hacerme desleal;
ni he de perder mi firmeza,
ni ha de faltarme un puñal;
que aunque es inmenso mi amor,

sabré dar á mi querida,
de mí mismo matador,
más bien que un traidor con vida,
un cadáver con honor.

Sol. Y ella, aunque débil mujer,
así tambien te prefiere.
Firme cual tú sabrá ser;
y si te ha de envilecer,
cadáver tambien te quiere.
Mas puesto que tú pereces
por una causa tan bella,
que ella te imite mereces;
y no una sola, mil veces
debe morir tambien ella.
Y morirá; te lo jura
quien nunca supo mentir;
si en la tierra, con fé pura,
á tí no se logra unir,
se unirá en la sepultura,
y libres de todo afan,
nuestras almas subirán
una de otra al cielo en pos,
y felices se amarán
en la presencia de Dios.

Pedro. ¿Qué escucho? ¡Mujer sublime!
Tu grata voz de tal suerte
consuelo en el alma imprime,
que ya de su mal no gime,
y haces dulce hasta la muerte.
¡Pero tú morir!... Jamás;
vive... ¿Cuando de tí en torno
sembrando la dicha vas,
de su más precioso adorno
privar al munto podrás?
Deja que yo solo muera;
dentro del pecho mezquino
me dice voz lastimera
que morir es mi destino
en mi tierna primavera.

SOL. No morirás si el acento
escuchas de quien te adora.
Libre aquí te ves ahora;
no vuelvas al campamento,
do hallarás muerte traidora.

PEDRO. ¡Yo á mi palabra faltar!
No exijas eso de mí;
al real debo de tornar,
por más que me espere allí
la muerte fiera al llegar.

SOL. Mi ruego...

PEDRO. Vano es en esto;
te lo digo con dolor.

SOL. ¿Tan poco podrá mi amor?

PEDRO. Aunque me sea funesto,
puede en mí más el honor.
Ve, y dile á tu padre fiero
que soy fiel á mi deber,
y que, cual buen caballero,
sin tardanza á su poder
volverá su prisionero;
que pues al cielo le plugo,
prepare para mi cuello
de la esclavitud el yugo,
ó si más se goza en ello,
el hacha vil del verdugo.
Cautivo, tú de mis penas
sabrás templar los rigores;
y pensando en tus favores,
al ruido de las cadenas
yo cantaré mis amores;
ó si es mi suerte morir,
al dar el postrer suspiro,
seré feliz si te miro,
creyendo aún que es vivir
si á tus ojos, Sol, espiro.

ESCENA V

DICHOS y NUÑO

NUÑO. ¡Ah! Don Pedro, vuestra madre,
en lágrimas anegada,
á voces por el palacio
os busca ansiosa y os llama.
Vos, retiraos, señora,
que ya se acerca á esta estancia.

SOL. Don Pedro, en el campo moro
esta mujer os aguarda;
si mis súplicas allí
á un padre cruel no ablandan,
si no rompe vuestros hierros,
ú os diere muerte inhumana,
en tal extremo, yo sé
lo que amor y honor me mandan.
Adios. (Váse.)

PEDRO. Adios. ¡Oh, cuál sufre
mi corazon! Si á mi amada
resistí, con una madre
dame, cielo, igual constancia.

ESCENA VI

DON PEDRO, DOÑA MARÍA y NUÑO

MARÍA. ¡Ah! Te hallo al fin, hijo mio.
Mírame desesperada.
Tu padre, ¡ay cielos! tu padre,
bárbaro, cruel, sin alma,
ha repelido insensible
mis maternales instancias
En vano, en vano he regado
con triste llanto sus plantas;
ni le mueven mis suspiros,
ni mis lágrimas le apiadan.

El sólo me habla de honor,
de juramentos, de patria...
cual si una madre entendiera
esas mentidas palabras.
Mi honor, mi patria, mi dicha
es mi hijo, mi prenda cara;
él es mi bien, mi tesoro,
y fuera de eso no hay nada.

PEDRO. Si vos no entendeis, señora,
esas voces sacrosantas,
en el pecho de mi padre
con eco tremendo claman.
A vos os toca llorar;
dad al llanto rienda larga;
pero no exijais por Dios,
se cubra un Guzman de infamia.
Si él entregase á Tarifa...

MARÍA. ¿Y quién dice que tal haga?
¿No estás aquí? ¿Quién por fuerza
de nuestro lado te aparta?
¿Será que él mismo te entregue
á la horrible cimitarra?
No, no... Pues te trajo el cielo
do del peligro te salvas,
para correr á la muerte
ya de Tarifa no marchas.

PEDRO. ¡Ah! ¿Qué decís?... ¿Olvidáis
que mi palabra empeñada...?

MARÍA. ¡Siempre palabras, honor!

PEDRO. Partir ese honor me manda.

MARÍA. Pues yo mando que te quedes;
yo, tu madre... ¿Qué, ya nada
puede una madre?... ¿Se oirán
no sé qué vanos fantasmas,
y de una madre las quejas
sólo serán despreciadas?

PEDRO. Pero mi padre...

MARÍA. ¡Tu padre!
Si su proteccion te falta,

la mia te queda, sí,
y esta protección te basta.
Ven, sígueme... Yo conozco
una secreta morada
do no te podrá alcanzar
de tus verdugos la rabia.
Sabrán soy yo quien te oculto;
no me importa... Ni amenazas,
ni aun los más fieros tormentos,
me harán descubrir tu estancia.
Ven, hijo, ven... ¿No es verdad
que vendrás?... Mira estas lágrimas...
Dame la mano... Ven... llega...
Tócalas... ¿Sientes cuál bañan
esta mano ¡ay Dios! que beso,
y en la cual exhala el alma?

PEDRO. Por Dios, cesad... ¿Qué quereis?
Si aceptase mengua tanta,
ante mi padre, ante el mundo,
¿cómo presentarme osara?
Volver al campo enemigo
es obligacion sagrada;
lo prometí, y vale más
que mi vida, mi palabra.

MARÍA. Hijo digno de Guzman,
no, no desmientes tu raza,
y tienes de dura roca,
cual tu padre, las entrañas.
Marcha, pues; corre á morir,
si tanto el morir te agrada.
Deja que tu triste madre
en llanto aquí se deshaga,
y en su dolor... Mas no creas
permita que solo vayas.
Adonde quiera que fueres,
yo seguiré tus pisadas;
á tí me asiré cual yedra
que al árbol tenaz se agarra,
y cuando sobre tu cuello.

caiga del verdugo el hacha,
á un tiempo dividirá
con la tuya mi garganta,
regando la tierra en torno
nuestras dos sangres mezcladas.

PEDRO. ¡Ah! ¡Qué horror!... No quebranteis
de esa suerte mi constancia.
¿Por qué hablar de vuestra muerte,
si la mia no me espanta?
Cielos, piedad, dadme fuerzas,
que las que tengo me faltan.

MARÍA. ¡Ah! ¿Cedes al fin?

NUÑO. No cede,
no, señora; ni esa mancha,
vive Dios...

MARÍA. ¿Y tú tambien,
tú, contra mí te declaras?

NUÑO. ¿Yo?... ¿Contra vos?... ¡Voto á tal!
¿No veis el llanto que arrasa
mis ojos?... ¡Nuño llorar!
¡Si Guzman lo presenciara!
Mas ya sé lo que he de hacer;
secad, señora, esas lágrimas,
que yo salvaré á don Pedro.

MARÍA. Tú.

PEDRO. ¡Vos!

NUÑO. Yo.

MARÍA. ¿Cómo?... Dí... Habla.

NUÑO. El ha jurado volver;
mas yo no he jurado nada,
ni los soldados, ni el pueblo;
conque vaya al campo, vaya,
que yo lo sabré estorbar.

PEDRO. ¿Osareis?

NUÑO. Sobre la marcha
junto á los mios, les cuento
el peligro que os amaga...

MARÍA. Sí... sí...

PEDRO. Mas Nuño...

NUÑO. Vereis,
vereis qué bolina se arma;
no ha de haber uno en Tarifa
que á defenderos no salga:
y aunque se oponga Guzman,
y el moro brame de rabia,
no hay remedio, os quedareis,
ó es fuerza que el mundo se arda.
MARÍA. ¡Ah! Buen Nuño; sí, sí, corre:
no tardes... sálvale.
PEDRO. Aguarda.
NUÑO. ¡Qué aguardar!... Podeis hacer
vos lo que os diere la gana,
que yo haré mi voluntad,
y nadie de ello me saca.
¡Dejar yo que le degüellen!
¡Esto sólo nos faltaba! (Váse.)

ESCENA VII

DOÑA MARÍA y DON PEDRO

PEDRO. ¿Qué es lo que pretende hacer?
¡Ah! Yo lo debo estorbar.
(Quiere seguir á Nuño.)
MARÍA. Detente.
PEDRO. Dejadme.
MARÍA. No;
de este sitio no saldrás,
ó primero sobre el cuerpo
de tu madre has de pasar.
PEDRO. ¡Ah! (Horrorizado.)
MARÍA. ¡Crüel! ¿Ves mi dolor,
y de él no tienes piedad?
¿En dónde está tu cariño?
No me quisiste jamás.
PEDRO. ¡Yo, madre!
MARÍA. Deja este nombre,
que en tus labios está mal;

tú quieres, hombre insensible,
tú quieres, verme espirar.
Pues quedarás satisfecho;
ve, no te detengo ya;
corre á la muerte; mas sabe
que tú la mia me das.

PEDRO. ¿Qué decís?... ¿Yo seré causa...?
Madre mia, perdonad.
Vencísteis, vencísteis.

MARÍA. ¡Cielos!
¿Conque ya no partirás?

PEDRO. ¡Ay! Al llanto de su madre,
¿qué puede un hijo negar?

MARÍA. ¡Ah!... Bien... bien... te reconozco;
eres mi hijo... sí... serás
mi amor, mi consuelo... Ven,
ven á mis brazos.

PEDRO. ¡Qué afan!

MARÍA. Alégrate... ¿No ves yo
cuán contenta estoy?... Mi faz
no riegan ya tristes lágrimas;
todas secadas están.
Y tú tambien, hijo mio,
tú estás contento, ¿Es verdad?

PEDRO. Yo... señora... ¡Mas mi padre!

MARÍA. ¡Ah! No nos separará.

ESCENA VIII

DICHOS, y GUZMAN

GUZMAN. Abrazad, señora, al hijo;
haceis bien, aprovechad
estos instantes que restan
á vuestro amor maternal,
que en breve debe partir.

MARÍA. ¡Partir él!... ¡Ah! No, jamás.

GUZMAN. ¡Jamás! ¿Qué decís?

MARÍA. Sabedlo;

de aquí no le arrancarán.
GUZMAN. Ved que Aben-Comat le espera.
MARÍA. Pues solo puede marchar.
GUZMAN. ¡Solo!... Delirais, señora.
No puede ser.
MARÍA. ¿Quién podrá
estorbarlo?
GUZMAN. Su palabra
y su honor lo estorbarán.
MARÍA. Te engañas, hombre crüel.
Ese lenguaje falaz
no puede ya seducirle;
me ha prometido quedar.
GUZMAN. ¡El!
MARÍA. Sí.
GUZMAN. ¡Qué decís!
PEDRO. Señora...
GUZMAN. Don Pedro, ¿Es esto verdad?
PEDRO. Padre...
GUZMAN. Comprendo. ¡Oh baldon!
¡Oh flaqueza!... Bien está.
Señora, dejadnos solos;
con él necesito hablar.
MARÍA. Y yo tambien necesito
velar sobre él.
GUZMAN. ¿Recelais?
MARÍA. Sí; recelo que en mi ausencia...
GUZMAN. Juro que antes de marchar
le vereis.
MARÍA. Pero...
GUZMAN. Esta es,
señora, mi voluntad.
MARÍA. Bien... me voy.—(Aparte.) (Mas los designios
vamos de Nuño á ayudar.) (Váse.)

ESCENA IX

GUZMAN y DON PEDRO

GUZMAN. Acércate... ¿Por qué lejos
así de tu padre estás?
¿Huyes, cuando á partir vas,
mis abrazos, mis consejos?

PEDRO. Señor...

GUZMAN. Ven... Dame la mano!...
¡Vive Dios, temblar la siento!...
¿Qué se hizo aquel ardimiento
que ostentabas tan ufano?
¿Es miedo? ¿Es vergüenza? Dí.
¡Ah! ¡Mi pecho en furor arde!
¿Estoy mirando á un cobarde,
ó á un hijo digno de mí?

PEDRO. ¡Cobarde!... Si otro, señor,
esa pregunta me hiciera,
de existir dejado hubiera.

GUZMAN. Pues bien; si tienes valor,
si hay en tu pecho virtud,
¿por qué temblar y turbarte?
Pero comprendo... arredrarte
no puede la esclavitud...
Fué tu flaqueza ficcion;
de tu madre viste el llanto,
y ahorrarle mayor quebranto
quisiste á su corazon.

PEDRO. No, no; yo soy criminal,
y mi lengua os lo confiesa;
de no partir la promesa
hizo aquí mi amor filial.
Una madre lo exigia;
¿quién á una madre resiste?
Lloró, suplicó, y ¡ay triste!
conmigo morir queria.
Dadme un contrario, señor,

que á mi altiva audacia cuadre;
¡mas combatir á una madre...!
¡Ah! No tengo ese valor.

GUZMAN. Y díme: ¿si ese contrario
á tu vista se ofreciera;
si morir lidiando fuera
por la patria necesario,
y entonces, para guardar
una vida que infamara,
esa madre te mandara
la noble lid evitar,
á sus ruegos, á su llanto
cedieras con vil flaqueza?
¿Cegárate tu terneza
hasta aceptar baldon tanto?

PEDRO. ¡Ah!

GUZMAN. No lo aceptaras, no.
Callas... te asusta esa mengua...
Mucho mejor que tu lengua,
tu silencio respondió.

PEDRO. ¿Conque es preciso cien dagas
clavar en su corazon?

GUZMAN. Cumplir con tu obligacion,
eso es preciso que hagas.
En lo que el honor previene
se halla sólo el buen sendero;
oidos un caballero
para otra cosa no tiene.
¿Piensas tú que es este pecho
sordo de natura al grito?
Tambien sollozo y palpito
en triste llanto deshecho;
tambien padezco al mirar,
de una esposa á quien adoro,
el justo dolor y el lloro
que no me es dado secar.
Tú, al menos, te marcharás,
y en el árido desierto,
ora estés esclavo ó muerto,

su pena ya no verás;
mas yo la tendré á mi lado;
oiré su queja incesante,
y de impío á cada instante
seré por ella acusado;
y para doble dolor,
deberé, en mi afan prolijo,
sufrir la falta de un hijo
y de una madre el furor.

PEDRO. ¡Ah! Perdonad mi flaqueza;
me avergüenzo de mí mismo...
Mas para tanto heroismo,
¿dónde encontrais fortaleza?

GUZMAN. Qué, ¿sólo el valor se muestra
por ventura en la batalla?
Ese fácilmente se halla,
pero hay más ruda palestra;
palestra, sí, donde son
inútiles peto y lanza,
que en ella á lidiar se lanza
sin defensa el corazon.
Dichoso mil veces fuera
el hombre, si su existir
á pelear y morir
tan sólo se redujera;
su vida es el bien tal vez
que á menos afan le obliga;
y cuanto más la prodiga,
alcanza más gloria y prez;
mas otro bien Dios le dió
que es fuerza conserve y ame,
pues un poco que derrame,
todo con él lo perdió.
Este bien es el honor;
será fantasma, quimera,
pero el mundo, donde quiera,
á ese sólo da valor.
Este te manda partir;
y aunque el dolor que me aqueja

detenerte me aconseja,
crímen fuera resistir.
Ni pienses que de otra suerte
tu vida salvar podria,
siempre, Pedro, moririas,
pero de más triste muerte;
que do el honor muerto está,
no hay ya de vida esperanza,
y muerte es esa que alcanza
del sepulcro aún más allá.

PEDRO. Basta... No vacilo... Adios,
padre; do el honor lo exige
vuestro hijo se dirige,
y digno seré de vos.
Sólo os pido, al ausentarme
en este instante fatal,
un favor inmenso.

GUZMAN. ¿Cuál?
Dí.

PEDRO. Que os digneis perdonarme,
y me abraceis.

GUZMAN. Hijo, sí.
Ven sobre este pecho, ven;
hijo, mi prenda, mi bien,
abraza á tu padre... así.

PEDRO. ¡Ah! Siento en el corazon
un consuelo celestial.

GUZMAN. El ósculo paternal
recibe, y mi bendicion.
Recibe tambien el llanto
que de mis ojos te envío...
¡Perdonádmelo, Dios mío;
soy padre... y le quiero tanto!

PEDRO. ¡Dios! ¿Qué veo? ¿Llorais?... ¡Vos!
¡Vos! ¡Guzman!

GUZMAN. Nadie nos ve.
No... nadie... Llorar podré,
que estamos solos los dos.

PEDRO. ¡Oh dulce llanto! ¡Oh placer!

¡Mil veces feliz instante!
GUZMAN. De esos crueles distante,
pueda este llanto correr;
deja, sin que á nadie asombre,
ni mi dolor nadie vea,
que padre un momento sea;
despues volveré á ser hombre.
PEDRO. ¡Ay! Aunque tuviera ciertas
mil muertes, ya con valor...
(Oyense voces del pueblo. Guzman corre á mirar por el balcón.)
GUZMAN. Mas ¿qué es esto?... ¿Qué rumor?...
Agolpados á las puertas
de este alcázar los soldados...
¿Qué podrá ser?
PEDRO. ¡Santo cielo!
GUZMAN. ¿Te burlas?... ¡Ah! ¡Qué recelo!
PEDRO. Me olvidaba... alborotados
por Nuño... vienen...
GUZMAN. ¿A qué?
PEDRO. No me atrevo...
GUZMAN. Dí.
PEDRO. A impedir
que de aquí pueda salir.
GUZMAN. ¡Ah! ¡Maldicion! ¿Qué escuché?
¿Eso intentan?... Y tú, aleve,
traidor, perjuro, villano...
PEDRO. Oponerme quise en vano;
que Nuño...
GUZMAN. ¡Nuño! ¿Y se atreve?...
Mas yo sabré, juro á Dios,
castigar tanta osadía.
PEDRO. Su afecto...
GUZMAN. Nos perderia
su infame trama á los dos.
Autorizada por mí
la va á creer toda España,
y este dia solo empaña
cuantas glorias adquirí.

ESCENA X

DICHOS y DOÑA MARÍA

MARÍA. ¡Ah! ¡Triunfamos, sí, triunfamos!
No partirás, hijo mio;
No, no saldrás de Tarifa,
que prestándome su auxilio,
todo un pueblo entusiasmado
te conserva á mi cariño.
PEDRO. Madre...
GUZMAN. ¿Qué es lo que decís?
MARÍA. ¿Estais ahí, padre inícuo?
No, no cumplireis al fin
este cruel sacrificio.
Abrazado aquí le tengo;
miradle bien; este es mi hijo;
quitármelo no espereis;
venid, que ya os desafío.
GUZMAN. ¿Osareis?
MARÍA. ¿Oís, oís?
Del pueblo esos son los gritos;
del pueblo, que más humano
que un padre, más compasivo,
atiende á mi triste queja
y viene á romper sus grillos.
Vos le perdeis, yo le salvo;
ya triunfé de vos, impío.
GUZMAN. Pues no imagineis...

ESCENA XI

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS y PUEBLO

NUÑO. Entrad;
vedle allí... Salvadle, amigos.
PUEBLO. ¡Viva don Pedro!
NUÑO. Sí, viva;
y ningun perro judío...

GUZMAN. ¡Nuño! (Con grande energía.)
NUÑO. (Aterrado.) ¡Señor!
GUZMAN. ¿Qué tumulto
es este? ¿Qué ha sucedido?
¿Acaso ha logrado entrar
en la plaza el enemigo?
NUÑO. No; pero...
GUZMAN. Pues si no es eso,
¿por qué de esta suerte os miro
entrar aquí? ¿Quién os llama?
¿O temeis ya ser vencidos?
NUÑO. ¡Temer nosotros!
GUZMAN. Pues bien,
acercaos... ¿Qué motivo?...
¿Bajais los ojos?... ¿Callais?
¡Nuño! ¡Nuño!
NUÑO. (Aparte.) Está ya visto;
no hay medio de resistirle.
GUZMAN. Algun infame designio
os trae aquí... lo conozco...
que si de vos fuera digno,
ni mudo estuviera el labio,
ni temblárais, fementido.
NUÑO. ¡Ah!... Sabed...
GUZMAN. Yo nada quiero
saber... Ignoro un delito
que debiera castigar...
Pero salid de este sitio.
NUÑO. Bien... señor... os obedezco.
MARÍA. ¿Qué veo?... ¿Cedeis?... ¡Indigno!
¿Así cumplís?... Pero yo
no cedo, no.

ESCENA XII

DICHOS y ABEN-COMAT

COMAT. ¿Qué he sabido?
Guzman, ¿estorbar pretendes
que tu hijo vuelva conmigo?

GUZMAN. ¿Cuándo, moro, que un Guzman
faltase á su fé has oído!
Ahí está; para seguirte
abierto tiene el camino.
MARÍA. No, no lo tiene... Primero
ha de pasar tu cuchillo
mi garganta... No; de aquí
no saldrá, no lo permito.
¿Soldados, consentireis
que un moro lleve cautivo
al hijo, sola esperanza
de un noble guerrero invicto?
¿Consentireis que, saciando
en él su rabia un inícuo,
vaya el triste á perecer
entre bárbaros suplicios?
PUEBLO. No, no.
MARÍA. ¿Quereis que se salve?
PUEBLO. Sí.
GUZMAN. Pues bien, no me resisto;
se quedará... Ya, señora,
teneis libre á vuestro hijo.
Mas un santo juramento
ha hecho, y hay que cumplirlo.
El moro espera á su esclavo,
y puesto que se le quito,
yo debo ocupar su puesto.
Aben-Comat, ya te sigo.
PEDRO. ¡Ah! ¿Qué haceis?... Señor...
MARÍA. ¿Qué dices?
¿Piensas que he de consentirlo?
Soldados, tenedle. (Los soldados hacen ademan de adelantarse para detener á Guzman.)
GUZMAN. ¿Y quién
osa los mandatos mios
desobedecer? Soldados,
respeto á vuestro caudillo.
Abrid paso.
(Los soldados se retiran y dejan libre la puerta.)

MARÍA. ¡Desdichada!
¡Cobardes, y habeis cedido!
Mas no me le arrancarán
de mi lado... Atrás, impíos;
es mi hijo, mi bien.
(Se abraza á don Pedro, y le detiene á pesar de sus esfuerzos para desasirse.)

PEDRO. Señora...

GUZMAN. Sólo una palabra os digo:
libre está el paso; elegid
entre el esposo y el hijo.

MARÍA. ¡Yo elegir! ¡Bárbaro!... ¿Osais
imponerme tal martirio? (Se arroja á sus plantas.)
¡Ah! Yo beso vuestros piés;
ved mis lágrimas... ¡Dios mio,
compadeceos!... Mirad
que han jurado su exterminio,
que van á matarle... y nunca
ya le vereis.

GUZMAN. ¡Oh suplicio!

PEDRO. Este instante aprovechemos.
Seguidme, Comat.
(Mientras doña María está abrazando las rodillas de Guzman, don Pedro y Aben-Comat se dirigen rápidamente á la puerta.)

MARÍA. ¿Qué miro?
¡Ah!

PEDRO. Madre, adios... Adios, padre.
(Doña María quiere dirigirse hacia don Pedro; Nuño y los soldados se adelantan y estorban el paso. Don Pedro desaparece.)

MARÍA. No... no irás solo... te sigo.

NUÑO. Tened, señora.

MARÍA. ¡Inhumanos!
Dejadme, dejadme. Espiro. (Cae sin sentido.)

GUZMAN. Protegedle, santos cielos,
pues mi deber he cumplido.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

El teatro representa parte de la fortificación de Tarifa. En el fondo se verá el muro, al cual se sube por una rampa. A los lados casas y árboles. Cerca del proscenio, á la derecha del actor, un grupo de árboles con un banco debajo.

ESCENA PRIMERA

GUZMAN, DOÑA MARÍA y SOLDADOS.—Es de noche. Guzman está durmiendo sobre el banco, manifestando mucha agitacion. Varios soldados están tambien durmiendo, esparcidos por el suelo. Encima del muro un centinela. Sale doña María muy agitada.

MARÍA. ¡Ah! No puedo sosegar;
en esta tremenda duda,
es el lecho un potro horrible,
ni acaba la noche nunca.
En vano el sueño un instante
vino á suspender la furia
de mis males; aun durmiendo
tristes presagios me asustan.
Hijo mio, ¿dónde estás?
¿Cuál será la suerte tuya?
¿No respondes á una madre
que te llama, que te busca?
¿Te he perdido para siempre?
Crueles, mirad mi angustia,
mis lágrimas... ¿De qué sirven?
¿Vencerán sus armas rudas,
si un esposo las desprecia,
si un padre de ellas se burla?

¡Bárbaro!... Mi vista teme;
huye de mis quejas justas...
Hace bien... Mas no imagine...

GUZMAN. (Durmiendo y muy agitado.)
¡Crueles!

MARÍA. ¿Qué voz se escucha?

GUZMAN. Tened... tened...

MARÍA. ¿Quién será?

GUZMAN. No le mateis.

MARÍA. ¡Virgen pura!
Es Guzman.

GUZMAN. ¡Ah! ¿No os apiada
su juventud!

MARÍA. ¡Cuál le turba
horrible ensueño!

GUZMAN. ¡Malvados!
(Se levanta, pero siempre durmiendo.)
Verdugo... Aparta... Sepulta
ese acero en mis entrañas,
mas respeta...

MARÍA. ¡Qué locura!

GUZMAN. Es mi hijo, mi hijo querido...
Tomad oro... Por la suya
tomad mi vida...

MARÍA. Desecha
Esa ilusion que te ofusca.

GUZMAN. ¿Qué es lo que pedís, infames?
¿Quereis que al crimen sucumba?...
¿Que sea traidor?... ¿Que venda
al rey, á la patria?... Nunca.
A ese precio, no... Que muera...
¡Mas, cielos, su sangre... inunda
la tierra! ¡Qué horror! Fallezco.

MARÍA. ¡Esposo!
(Le coge entre sus brazos, y agitándole fuertemente, le despierta.)

GUZMAN. ¿Quién es?... ¿Quién turba
mi sueño?... ¿Do estoy?... ¿Quién eres?

MARÍA. Soy tu esposa.

GUZMAN. ¿Tú?... ¿Qué buscas?
¡Infeliz!... Huye... ¿No sabes?
MARÍA. ¡Ah! Cálmate.
GUZMAN. No... no subas
á esa muralla... Verías...
MARÍA. Desecha el terror que abruma
tus sentidos... Todo fué
vana ilusion.
GUZMAN. ¿Lo aseguras?
MARÍA. Sí... Mírame... mira en torno
de tí...
GUZMAN. Es verdad... Fué sin duda
un sueño... sí... sí... soñaba...
¡Pero qué sueño! Aun me asusta
la horrible vision.
MARÍA. Hablabas
de tu hijo.
GUZMAN. En la llanura...
Allá... cerca de la torre...
le creí ver... Y una turba
de verdugos... Y con ellos
don Juan... que Dios le confunda...
Y á una señal, relumbrar
una cuchilla desnuda...
Y luego sangre... ¡Gran Dios!
No... no puede ser la suya.
MARÍA. No lo es... pero sosiega.
(Amanece. Los soldados se van levantando.)
Huyan de tí lejos, huyan
esos crüeles fantasmas
que engendra la noche oscura.
Ya desterrando sus sombras,
el nuevo sol nos alumbra;
y la aurora...
GUZMAN. ¿Mas no adviertes
cuán opaca?... ¡Cuál la anublan
negros vapores!... Parece
que sólo males anuncia.
¿Aun no ha vuelto Nuño?

MARÍA. No.
GUZMAN. ¡Cuánto tarda! ¿Serán nulas
sus instancias con Amir?
¿Tan implacable la furia
será del moro, que en vano
el oro á sus ojos luzca?
Pues juro que si así fuere,
con todas mis huestes juntas
hoy he de asaltar su campo;
y en fiera, sangrienta pugna,
ó rescato al hijo mío,
ó encuentro mi sepultura.
MARÍA. Y yo te acompañaré,
pues las lanzas no me asustan;
y aunque el llanto maternal
en mí cual flaqueza culpas,
si es forzoso por un hijo
blandir el asta robusta,
ó verter mi sangre toda
sin duelo al par de la tuya,
verás que lo sé cumplir,
sirviendo en la horrible lucha,
cuando no para vencer,
para encerrarme en la tumba.
GUZMAN. Pues bien, que no se retarde,
y al valor por fin se acuda.
Soldados, pronto á las armas;
los rayos del sol ya inundan
el campo moro; de sangre
y horror á la par se cubra.
Lancémonos denodados
sobre esa canalla inmunda;
ante nuestras santas cruces
huya la infiel media luna,
y el mar sepulte sus huestes
allá en sus simas profundas.

ESCENA II

DICHOS y NUÑO

GUZMAN. Vamos... ¡Pero Nuño!
MARÍA. ¡Nuño!
GUZMAN. Sí... ven á calmar mi pena...
Ven, amigo... ¿Has visto á Amir?...
¿Consiente que por fin vuelva
mi Pedro?... ¿Admite el rescate?
Habla... luego... dí, ¿qué esperas?
NUÑO. Amir, señor, ya no manda
las falanges agarenas.
GUZMAN. ¿No?... ¿Pues quién?
NUÑO. Don Juan.
GUZMAN. ¿Don Juan?
MARÍA. ¿Qué dices?... ¡Suerte funesta!
NUÑO. Su voluntad en el campo
musulman ya sólo impera.
GUZMAN. ¿Y mi hijo?
NUÑO. Vive señor,
sin que su sangre desmienta.
GUZMAN. ¿Pero qué suerte...?
NUÑO. Este pliego
os dirá la que le espera.
(Le da el pliego; Guzman lo toma con ansia.)
GUZMAN. ¿Ese pliego?... Dame... pronto...
Veamos... ¡Cielos!...
MARÍA. ¿Te alteras?
GUZMAN. ¡Ay!... Sí... que un ascua encendida
mi mano en él tocar piensa.
¿Qué contendrá?... Con espanto
mirándole estoy... Se hiela
mi sangre al pensar que aquí
mi vida ó muerte se encierra.
Abramos por fin... La vista
se ofusca... la mano tiembla...
No puedo.

NUÑO. Valor.
GUZMAN. (Con curiosidad inquieta y recelo.)
Decid...
Don Juan... ¿le vísteis?
NUÑO. Por fuerza.
GUZMAN. ¿Y él... os dió?
NUÑO. Con propia mano.
GUZMAN. ¿Su faz... entonces?
NUÑO. Perversa
como siempre.
GUZMAN. ¿Sus miradas?...
NUÑO. Falsas.
GUZMAN. ¿Y... brillaba en ellas
algun gozo?
NUÑO. Sí, el de un tigre
cuando la sangre olfatea.
GUZMAN. Pero, ¿tú, tú no adivinas (Con impaciencia.)
lo que este pliego contenga?
NUÑO. Don Juan me habló de rescate.
GUZMAN. ¡De rescate!... ¡Si así fuera!...
MARÍA. ¿Qué otra cosa puede ser?
GUZMAN. Es verdad... No sé qué idea...
Mucho pedirá... No importa...
Llévese allá mis riquezas...
Todas se las doy gustoso
como al hijo me devuelva.
Eso será... sí... veamos...
Mi alma á respirar empieza.
(Abre el pliego, lee, lanza un grito de desesperacion y va á dejarse caer en el banco.)
¡Cielos! ¡Maldicion!
MARÍA. ¡Dios mio!
NUÑO. ¡Señor!
MARÍA. ¿Qué funesta nueva
contiene ese pliego?... Dí,
¿ha muerto mi hijo?
GUZMAN. ¡Pluguiera
á Dios!
MARÍA. ¿Qué dices?... ¡Ah! Dame,

dame... déjame que lea...
GUZMAN. No... no... apártate, María...
No lo mires... Si supieras...
¡Oh perversidad!... Mas es
imposible... sí... me quema
la frente... Estoy delirando...
Leí mal... ¡Oh, no... no... es cierta
mi desgracia!... ¡Que yo mate
á mi hijo el bárbaro intenta!
¡Cielos!
MARÍA. ¡Qué horror!... ¡Tú!
GUZMAN. Mirad,
mirad... Lo dice... es su letra.
Hoy mismo, si al tercer toque
del clarin no se le entrega
esta plaza, al pie del muro
veré caer su cabeza.
MARÍA. ¡Ah!
NUÑO. ¡Infame!
MARÍA. ¡Bárbaro!... No;
tú no darás esa muestra
de ferocidad... El hijo
no dejarás que perezca.
GUZMAN. (Mirándola con aire de asombro y decision.)
¿Quién?... ¿Yo?... No... pero...
MARÍA. ¡Dios mio!
Tu vista de horror me llena.
Le matarás... sí... lo leo,
lo leo en tus ojos... Fiera,
le matarás...
GUZMAN. Nunca... Nunca...
¡Oh patria! ¡Oh terrible prueba!—
Idos... dejadme.
MARÍA. Permite...
GUZMAN. Dejadme... Vuestra presencia
me es enojosa... Idos todos ..
Dejad que aquí solo muera.
MARÍA. Este crüel sacrificio
no esperen, no, que consienta.

Ven, Nuño... Para estorbarlo
nada habrá que yo no emprenda.
(Vánse todos, quedando sólo Guzman.)

ESCENA III

GUZMAN.—Guzman ha quedado abismado en su dolor, sentado en el banco. Despues de un rato de silencio vuelve á desdoblar el pliego, y lo lee de nuevo sollozando.

GUZMAN. «Si mañana, despues de tres toques de clarin, »no me habeis entregado á Tarifa, la cabeza de »vuestro hijo caerá sin remedio al pié de los »muros que obstinadamente me negais.»
Sí... no hay duda.. esto dice... En vano, en vano
vuelvo á leer este fatal escrito...
palabras busco en él que lo desmientan...
y estas líneas de sangre sólo miro.
No me engañan mis ojos... ¡Desdichado!
Parricida ó traidor ser es preciso.
¿Esto á un padre propones?... ¿Esto quieres
de un noble, de un soldado, fementido?
¡Y eres tú caballero!... ¡Y de un Alfonso,
de un castellano rey eres el hijo!
No, no lo eres... te abortó en su furia,
para baldon de España, el negro abismo.
(Se levanta.)
Pero no puede ser... Un vano amago
es sin duda; un ardid con que ha creido
mi constancia vencer... ¡Ah! Le conozco,
y es de ello harto capaz su pecho inícuo.
Le matará el traidor .. ¡Cielos! ¡Tan joven,
tan valiente!... ¿Y habré de consentirlo?
¿Le entregaré yo mismo á sus verdugos?
¿Quién me puede imponer tal sacrificio?
Nadie... Perdona, oh rey; perdona, oh patria;
en vano lo pedís, no he de cumplirlo.
Ya mi deuda os pagué. Ya en cien combates
mi sangre por vosotros he vertido,

y con ella doquier en toda España
mi lealtad y valor se hallan escritos.
¿Quereis aun más de mí?... ¿Quereis los muros
del poder musulman bello residuo?
¿A Granada quereis?... Pues á Granada
os daré por Tarifa .. Mas ¿qué digo?
¡Necia, vana ilusion!... ¡Hazañas sueño,
y á darles voy con la traicion principio!
¡Y aun espero vencer, cual si quedara
valor alguno en pecho envilecido!
No; la infamia, Guzman, será tu suerte;
tu preclaro blason verás marchito,
y el hecho de Julian, fatal á España,
infiel renovarás; y aborrecido
con ese hijo que salvar pretendes,
te ocultarás entre ignorados riscos.
No; más vale morir... ¿Qué es él?... Tan sólo
sangre mía que está en vaso distinto.
¿Y de ella avaro me verán ahora,
cuando tanto otras veces la prodigo?
La patria la reclama, suya sea;
no tengo yo valor para impedirlo.
Viviendo, á eterna infamia le condeno;
muriendo, á mejor vida le destino.

ESCENA IV

GUZMAN y DOÑA MARÍA.—Sale doña María antes de concluirse el anterior monólogo y oye los últimos versos.

MARÍA. Sí... sí... muy bien haceis... y yo os lo apruebo.
Tal designio, Guzman, de vos es digno.
GUZMAN. ¡Dios!... ¡María!... ¿Y venís?...
MARÍA. No os dé cuidado:
no vereis con mis lágrimas que impido
resolucion tan noble... antes pretendo
alentaros yo misma al sacrificio.
GUZMAN. ¡Vos!
MARÍA. ¿Lo dudais?

GUZMAN. Señora...

MARÍA. ¿Se halla acaso
reservado á vos solo el heroismo?
Venid... yo os guiaré... Ya desde el muro
los aprestos se ven... ya circuido
vuestro hijo de bárbaros sayones
marcha al sitio fatal.

GUZMAN. ¡Ah! ¿Qué habeis dicho?

MARÍA. Nada, señor, que conmoveros deba.
Es cuanto apeteceis... Marcha al martirio,
á la gloria... Venid... Veréisle pronto
entregar la garganta al vil cuchillo;
veréisle por la herida, entre agonías,
verter su noble sangre hilo á hilo;
y os envanecereis, y nuevos timbres
dará á la fama vuestra este suplicio.

GUZMAN. ¿Estais sin seso?

MARÍA. ¡Qué placer, qué triunfo
cuando el pueblo os aclame, y con delirio
vuestro nombre inmortal al viento dando,
siembre de flores mil vuestro camino!
Esas flores, es cierto, con la sangre
manchadas estarán de un tierno hijo...
Pero ¿qué importa?... Un héroe no repara
en un poco de sangre... Permitido
no le es sentir. ¡Llorar... flaqueza! ¿Hay gloria?
Basta; ya es bello, grande, hasta el delito.

GUZMAN Señora, proseguid... Herid furiosa,
desgarrad á placer el pecho mío.
No basta á mi dolor la horrible prueba
que me imponen los cielos; es preciso
que vos me atormenteis, y que esta muerte
me echeis en cara con rabiosos gritos.
Pues bien, si lo quereis, yo soy un monstruo,
un bárbaro crüel, padre asesino;
al hijo mato, vos ansíais salvarlo...
Salvadlo, pues, señora... os lo permito.
Id... marchad... no tardeis... Abrid al moro
las puertas de Tarifa... En este sitio

de nuevo plante su pendon sangriento,
y triunfe en la traicion vuestro cariño.

MARÍA. ¡La traicion!

GUZMAN. La traicion. Decid si acaso
encontrarle podeis nombre distinto.
Alegad vuestro amor; mostrad al mundo
en lágrimas los ojos sumergidos;
que sois madre decid... ¡Vanas disculpas!
El mundo exclamará: ¡Traicion! ¡Castigo!

MARÍA. Clame en buen hora; su clamor desprecio.

GUZMAN. Pues una condicion de vos exijo.

MARÍA. ¿Cuál?

GUZMAN. Señaladme una region, un clima
do me pueda ocultar... porque os lo digo,
no penseis que despues muestre á las gentes
un rostro por la infamia enrojecido.
¿Dónde me ocultaré? Decid.

MARÍA. Doquiera
que al hijo de mi amor tenga conmigo.

GUZMAN. ¡Vuestro hijo!... ¡Infeliz!... ¿Y esa es la suerte
que vos le destinais?... Mofa, ludibrio
del mundo habrá de ser... ¿Pensais que acepte
vuestro funesto don?... ¿Envilecido
consentirá en vivir?... ¡El, tan valiente,
tan noble, tan honrado!... ¡Ah! No, lo afirmo.

MARÍA. ¿Qué hacer, pues, osará?

GUZMAN. Su propia mano
á su afrenta pondrá término digno.

MARÍA. ¡El! ¡Qué horror!

GUZMAN. ¿Lo dudais?

MARÍA. No, no lo dudo;
tiene, cual vos, el corazon de risco;
y cual vos ¡ay de mí! será el ingrato
insensible á mi llanto, á mis suspiros.

GUZMAN. No lo será, María... no... te engañas;
será tu llanto su mayor suplicio...
Y lo es mio tambien. Mujer injusta,
¿tan mal juzgas de mí?... Si no resisto
á un horrible deber, ¿piensas que ignoran

lo que es llanto tambien los ojos mios?
No, no lo ignoran... si le niegan paso,
es ¡ay! porque aquí dentro, en lo más vivo
cae del corazon... ¡Ah! Son atroces
los tormentos ocultos con que lidio.
Diérate compasion si un solo instante
en este triste pecho permitido
te fuera penetrar... Con mis dolores,
allí tambien los tuyos, los de mi hijo
hallarias, allí... pero más fieros
en union tan horrible, más activos,
y envidiables haciendo en su barbarie
las penas todas del infierno mismo.

MARÍA. ¡Ah! Mal te conocí... Perdona, esposo,
mi insensato furor... Mas pierdo el juicio
al pensar que tan joven me arrebata
la muerte á un hijo que...

GUZMAN. Te lo suplico:
ten ánimo, valor... Piensa que el cielo
va, entre glorias, á darle eterno asilo.
No es él quien compasion aquí merece;
nosotros de piedad somos más dignos.

MARÍA. Sí... yo tendré valor... Tu voz me alienta...
Gran Dios, pues tú lo quieres, si es preciso,
ahogar mi pena me verás sumisa;
á tu alta voluntad ya me resigno.

GUZMAN. Ven á mis brazos, ven... Y tú, Dios justo,
acepta este cruento sacrificio;
abre las puertas de tu santo alcázar,
y esta víctima admite en su recinto.
Tambien muere por tí... Mas ¡ay! perdona
si baña nuestros ojos llanto indigno;
en trance tan crüel séale al menos
llorar á un triste padre permitido.
(Caen los dos abrazados de rodillas.)

ESCENA V

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS y PUEBLO.—Al tiempo de caer de rodillas Guzman y doña María, óyese al otro lado del muro el primer toque de clarín. Ambos se estremecen, y doña María se alza fuera de sí, abandonando su resignacion. A poco rato van saliendo Nuño, soldados, y hombres y mujeres del pueblo. Los unos se esparcen por el teatro y los otros coronan el muro.

MARÍA. ¡Ah! ¡La horrible señal!
GUZMAN. Cielos piadosos,
dadme fuerza y valor.
MARÍA. Ese sonido
renueva mi furor... ¡Ah! Yo no puedo...
En vano consentí... no lo permito.
¡Mi hijo morir!... Jamás... Quiero salvarlo;
quiero salvarlo... sí... ¿lo habeis oido?
GUZMAN. ¿Mas cómo?...
MARÍA. ¿Cómo? ¡Oh Dios! ¿Esa pregunta
á hacerme os atreveis?—Nobles vecinos
de esta ilustre ciudad, soldados, todos,
sed á mi triste llanto compasivos.
Una madre os implora.
(A Nuño que sale con soldados.)
Y tú, buen Nuño,
ven, accede á mis ruegos... Salva á mi hijo;
sálvale, por piedad.
NUÑO. Eso queremos,
y ya todos aquí lo resolvimos.
MARÍA. ¿Es cierto?
GUZMAN. ¿Qué decis?
NUÑO. Ceda Tarifa;
bien merece don Pedro un sacrificio.
GUZMAN. ¿Osais?
NUÑO. Pero despues, sin perder tiempo,
sitiémosla nosotros... ¿No supimos
arrancarla al infiel? Pues eso haremos
otra vez y otras ciento si es preciso.

No han de pasar tres dias sin que vuelva
esta plaza á ser nuestra, voto á Cristo.

MARÍA. ¡Ah! Sí, sí.

GUZMAN. ¿Delirais? Aunque segura
tuviese la victoria, en tal peligro
no es justo corra, por salvar mi sangre,
la sangre de otros mil, todos más dignos.

MARÍA. ¡Cómo! ¿Os negais?

(Suena el segundo toque del clarin.)

¡Gran Dios!... ¿Oís?... Se acerca
el instante fatal.

NUÑO. Vamos, amigos;
no hay tiempo que perder.

MARÍA. Sí, pronto.

TODOS. Vamos.

(Hacen todos ademan de dirigirse hacia el muro. Guzman los detiene.)

GUZMAN. ¿Qué intentais? Deteneos... No; yo mismo
la respuesta daré.

MARÍA. ¡Vos!

GUZMAN. Paso... Al muro
dejadme ya subir.—Cielos divinos,
valor.

(Sube al muro y dirige la palabra á los de fuera.)

¡Don Juan! Si mi lealtad pensaste,
pérfido, quebrantar, mal has creido.
Un hijo dióme Dios para mi patria;
su apoyo debe ser, no su enemigo;
pereciendo por ella, eterna gloria
le aguarda, y sólo á tí baldon indigno;
y porque te persuadas cuán distante
me encuentro de faltar al deber mio,
si arma no tienes para darle muerte,
toma, allá va, verdugo, mi cuchillo.

(Arroja su puñal; todos dan un grito de asombro.)

TODOS. ¡Ah!

MARÍA. ¡Qué horror!

NUÑO. ¿Qué habeis hecho, desdichado?

GUZMAN. (Bajando vacilante y cayendo en brazos de Nuño.)

Nuño, no puedo más; sostenme, amigo.
MARÍA. ¡Al fin triunfaste, bárbaro!
(Óyese dentro ruido y la voz de doña Sol.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DOÑA SOL

SOL. (Dentro.) Dejadme;
abridme paso, abrid.
GUZMAN. ¿Oís? ¡Qué gritos!
¿Cuál causa?
NUÑO. Una mujer que presurosa
se acerca aquí.
SOL. (Saliendo.) ¡Guzman! ¡Guzman!
GUZMAN. ¡Qué miro!
¡Doña Sol!
SOL. Sí... yo soy.
MARÍA. ¡Cielos! ¡La hija
del pérfido don Juan!
GUZMAN. ¡En este sitio
vos, señora... ¿Y osais?...
SOL. ¿Os causa asombro?
Hora explicarme más veda el peligro.
La piedad... el amor... aquí me traen;
libertar á don Pedro es mi designio.
GUZMAN. ¡Vos!
MARÍA. ¿Es cierto?
GUZMAN. ¿Mas cómo?
SOL. En ese trance
partir quiero con él riesgo y destino.
Vea mi padre que en el alto muro
amenaza á mi vida igual suplicio,
y sepa que al cumplir su horrible fallo,
le es preciso pagar hijo con hijo.
GUZMAN. ¡Oh asombro!
SOL. No tardemos.
MARÍA. Los instantes
son preciosos.

NUÑO. Venid.

MARÍA. Vamos.

SOL. Ya os sigo.

(Se dirigen todos hácia el muro, y suena el tercer toque del clarin. Grito general.)

TODOS. ¡Ah!

MARÍA. ¡Tan pronto!

SOL. Corramos.

NUÑO. Sí, corramos.

(Nuño se adelanta á todos y sube el primero al muro. Al llegar da un grito de espanto, retrocede, se vuelve é impide que suban los demás.)

NUÑO. ¡Qué veo!... ¡Ah!... No paseis... ¡Vil asesino!
¡No es tiempo ya!

SOL. Murió

MARÍA. ¡Jesus mil veces!

(Doña María cae desmayada en brazos de doña Sol y de mujeres del pueblo. Guzman se deja caer de rodillas, alzando las manos al cielo.)

GUZMAN. ¡Recíbele en tu seno, Dios benigno!

NUÑO. ¡Infeliz! De su sangre generosa
corre por la ancha herida horrible rio.

GUZMAN. (Alzándose furioso y sacando la espada.)
¡Compañeros, venganza!

TODOS. (Sacando las espadas.) ¡Sí, venganza!

NUÑO. (Desde el muro, mirando al campo.)
La tendrás, la tendrás... Cerca la miro.
Hácia el campo, veloz, de espeso polvo
extensa nube, en anchos remolinos,
acercándose va... Su seno ardiente
lanza á lo lejos el fulgente brillo
de mil cotas y mil... Ya de Castilla
miran mis ojos el pendon invicto.
El es, no hay duda, él es... Rejocijaos;
somos por el monarca socorridos.

GUZMAN. ¡Cielos! ¿Será verdad?

NUÑO. ¡Sí, que ya el moro
de espanto huye doquier despavorido!

GUZMAN. ¡Gracias, Dios eterno!... Pues sin tardanza

llevemos á esos viles su exterminio.
A la lid.

TODOS. A la lid.

GUZMAN. No ha sido inútil
de mi más pura sangre el sacrificio.
Con ella en esos campos un ejemplo
del honor castellano dejo escrito,
y de este suelo, para eterna gloria,
sabrán honrarlo los futuros siglos.
A la voz de la patria nunca tenga
límite en nuestro pecho el heroismo,
y siempre que peligre, sepa España
que otros tantos Guzmanes son sus hijos.

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Fernando Fé y Salón del *Heraldo*.

Los pedidos por mayor á casa del Editor, Columela, 15, 1.°

En Provincias, en las principales librerías, donde se facilitan Catálogos.